

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES ·
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

EL HEMERO-
TECNICO



DIRECTOR - PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

NÚMERO 37
PRECIO: 60 CÉNTIMOS

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a plazos por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





Pistola nacional ASTRA

De 9 mm. Modelo 1921

Declarada reglamentaria en el ejército por R. O. circular de 6 de Octubre de 1921. (D. O. núm. 228).

Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA (Guernica)

Delegación general en Madrid.... { A. V. DE BERNABÉ
CALLE MAYOR, NUM. 86
Apartado núm. 886

Por convenio con la casa Esperanza y Unceta y su Delegación en Madrid, los suscriptores de "Armas y Letras" pueden hacer sus pedidos por conducto de la Administración de esta Revista.

PRECIOS

AL CONTADO

Pistola en su estuche, con un solo cargador y baquetón . . . 67,50 pesetas
Idem con dos cargadores y baquetón. 70,00

A PLAZOS

Los señores que así lo deseen pueden adquirir la pistola a plazos con un aumento de **cinco pesetas** en el precio total del arma. El pago se hará remitiendo 20 pesetas con la orden de pedido y abonando el resto en cinco plazos mensuales de 11 pesetas.

MUY IMPORTANTE: En las ventas al CONTADO han de acompañar juntamente con el importe del pedido pesetas para gastos de GUIAS DE CIRCULACION, PRECINTOS y embalaje, si las mercancías son para dentro de la Península, y si los envíos se han de hacer por paquete postal a AFRICA, BALEARES o CANARIAS, una peseta por pistola para gastos de guías, precintos y pago de paquete postal hasta la residencia del congnatario.

Ventajas de la pistola nacional ASTRA, de 9 mm., modelo 1921, reglamentaria

Perfecto equilibrio en la mano, que faci ita y hace perfecta la puntería.

Robustez de mecanismos. En las pruebas oficiales se han disparado en esta pistola 2.000 cartuchos, sin que el mecanismo haya sufrido la más leve avería.

Elegancia de forma.

Poco peso.

TRIPLE SEGURO, QUE LO FORMA:

Seguro de aleta, que permite el dominio del arma, pues puede ser puesto y quitado con el dedo pulgar de la mano misma que empuña el arma.

Seguro de tecla, que impide en absoluto el disparo mientras no se empuña el arma.

Seguro del cargador, por el que no puede jamás dispararse, una vez retirado el cargador, el cartucho que quedó olvidado en la recámara.

El conjunto de los tres seguros hace que esta pistola jamás pueda ser disparada por equivocación o impericia del que maneja, o por caída del arma en el suelo.

Garantía de funcionamiento. Al montar y empuñar el arma, teniendo colocado el cargador, se retiran automáticamente los seguros.

Facilidad de desarme. Todas sus piezas se desarmen rápidamente sin requerir el uso del destornillador.

Intercambiabilidad de piezas Todas las piezas de la pistola son perfectamente intercambiables por otras de la misma clase. Cualquier avería puede, por consiguiente, ser inmediatamente remediada por poco coste, estando siempre el arma en disposición de servicio.

La pistola nacional ASTRA, ganadora en el concurso de pistolas reglamentarias en el ejército, es la pistola militar más perfecta que actualmente existe en el mundo. Es robusta, tiene poco peso, no se encasquilla, no puede dispararse por impericia y se prepara automáticamente para el disparo en el momento de empuñarla. Dispara cartuchos con el máximo tolerancia. Se arma y desarma con pasmosa facilidad y permite la reposición de piezas en escaso coste. Además constituye un triunfo de la industria nacional, por ser modelo completamente nuevo y español.

GORRAS Y EFECTOS MILITARES
ADOLFO LÓPEZ
CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO
 La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO
 o o o o
NOTA DE PRECIOS

	Ptas.		Ptas.
Capote paño 1.ª.....	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con pantalón y calzon.	150
Peliza de 1.ª, dize de id.	120	Idem id. de dril, con id.	70
Impermeable gabardina con gabán y capota acaparada.....	225	Volvar peliza con todos los avios y dorados...	70
Guernero de paño y estambre.....	120	Idem guernera con id. id.	50
Paulatón Rey con franja seda.....	50	Poner cuello y vueltas con entreflan y soulache...	17



No soy ni sombra de lo que fui,
 la juventud renace en mí,
 Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vertigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

Profecías musulmanas

Entre las profecías musulmanas hay una que les promete la expulsión de los cristianos cuando aparezca «el Señor de la hora», el *Mal Saá*. Esta creencia es tan inveterada, que muchos fanáticos no tienen inconveniente en vender muy baratas sus haciendas a los cristianos, en la persuasión de que éstos no podrán conservarlas mucho tiempo, porque no tardará en venir el enviado de Alá, que expulse a los aborrecidos europeos de las tierras del Islam, y dé a los musulmanes el dominio del mundo.

Los más crueles desengaños no corrigen a estos fanáticos, dispuestos siempre a seguir al primer charlatán que se presente como enviado del cielo; y los ambicio-

sos, que saben esto muy bien, no dejan de emplear todo género de paparruchas para imponerse a la credulidad pública. La historia de un santón que en 1878 dirigió una sublevación de montañeses en el Aurés (Constantina), da una prueba de hasta dónde puede llegar la imbecilidad de un pueblo fanatizado.

Este santo era un consumado ventrílocuo, y cuando terminaba sus predicaciones se dejaba oír una voz misteriosa que, desde el fondo de una vasija llena de agua, entablaba con él una especie de rezo dialogado, que las multitudes escuchaban con la más religiosa compostura. Era una voz celeste que bajaba para manifestar la santidad de la empresa que el santón iba a llevar a cabo.

En todo el mundo musulmán, sobre todo en Africa, hay corrientes que de vez en cuando envían por distintos países, misioneros que se encargan de hacer propaganda político-religiosa. Estos enviados llegan a Marruecos y Argelia, hasta desde el Senegal y desde Arabia; penetran en los cafés moros, y allí, en voz baja se enteran con sus *konans* (hermanos). Estos reciben instrucciones, órdenes que han de comunicar a su tribu. A poco estalla la revolución: un nuevo *sherif* surge enarbolando el estandarte del Profeta... ¿Es una guerra de tribu con tribu, una revolución religiosa? No; es simplemente la obra de una sociedad secreta que, con sus intrigas, está trabajando por la ambición de cualquier santón.

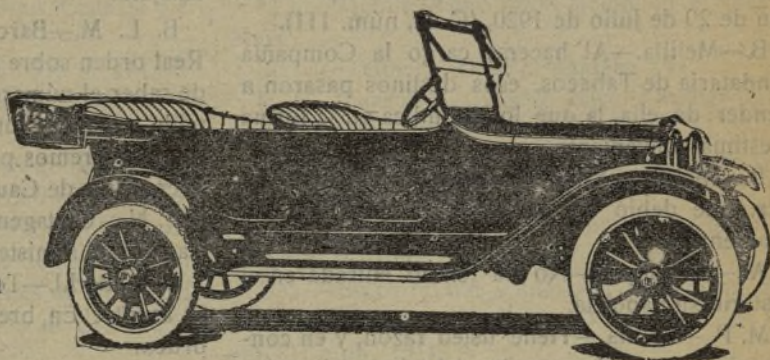
AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRÁ, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

SECCIÓN DE CONSULTAS

J. J. N.—Orense.—Puede comprenderle la aplicación del Reglamento de recompensas de 26 de Mayo de 1920 (C. L., núm. 50). En cuanto a la Orden de Beneficencia se puede reclamar por instancia el derecho que le asiste teniendo en cuenta el Reglamento de la Orden citada aprobado por Real orden de 29 de Julio de 1920, (C. L., núm. 111).

J. B.—Melilla.—Al hacerse cargo la Compañía Arrendataria de Tabacos, esos destinos pasaron a depender de ella, la que los adjudica en la forma que estima conveniente.

F. B.—Melilla.—En el Ministerio no existe su papeleta, que debió de ser anulada. Debe pedirlo nuevamente.

A. M.—Segangan.—No ha tenido entrada en el Ministerio su papeleta.

S. M. P.—Melilla.—Tiene usted razón, y en consecuencia no se le pasa recibo del tercer trimestre, quedando de este modo remediada la equivocación. En el Ministerio no está su papeleta.

N. S. M.—Xauen.—Para resolver su caso le conviene tener en cuenta los artículos 390 y 391 de la Ley de Reclutamiento.

J. S. T.—Arroyo San Serván.—Sobre su caso no hay más dispuesto sino que deben sujetarse a la cartilla de uniformidad y órdenes generales que dicten sus superiores, y a las particulares que tenga el comandante del puesto.

R. L.—Ceuta.—Su hermano hace el núm. 171 para ingreso.

F. S. M.—Roda de Vich.—Antonio S. hace el núm. 341 y Joaquín S. el 485.

B. M.—Toledo.—Todo lo que le interesa saber se halla en la R. O. C. de 14 de Octubre de 1918 (C. L., núm. 233) y la de 15 de Febrero de 1921 (D. O., núm. 36).

R. D.—Málaga.—No se sabe cuando se anunciará la convocatoria. En la última se exigieron las condiciones prevenidas en la Real Orden de 9 de Noviembre de 1918 (D. O., núm. 253).

J. S.—Las Palmas.—No hay noticias respecto a la convocatoria en el Cuerpo de Vigilancia. Hasta llevar tres años en el Cuerpo, no puede cursar papeleta de petición de destino, con arreglo a lo dispuesto en el art. 9.º de la Real orden de 4 de Febrero de 1918 (C. L., núm. 43).

J. G.—Vélez-Málaga.—Hace el núm. 3 para Comandante militar de Gibralfaro y el núm. 6 para Ayudante de Prisiones de Madrid. Mientras duren las actuales circunstancias no se destinan oficiales (E. R.) a destinos sedentarios.

A. G. M.—Tarragona.—Hace el núm. 1 para Caja de recluta y para la demarcación de Reserva de Almería y el 7 para la de Alicante.

N. de F.—Valencia.—El teniente J. R. H. hace el núm. 4 para los Regimientos de Mallorca y G. dalajara.

B. L. M.—Barco.—Hasta que no se publique el Real orden sobre Secretarios de causas, no se puede saber el número que hace. No puede ser designado a más vacante que la que ha concursado. En los demás extremos puede verlos en el Reglamento de Secretarios de Causas.

E. N.—Cartagena.—No aparece haya tenido entrada en el Ministerio su propuesta.

M. B. de Ll.—Tetuán.—Nos hemos enterado de su asunto. En breve se publicará la oportuna Real orden.

V. P. R.—Malpica.—Joaquín Poza hace el número 444 en la escala de hijos de veteranos. No puede calcularse el tiempo que tardará en ingresar.

F. M. de V.—Barcelona.—Su asunto tuvo entrada en el Supremo y en breve se publicará la Real orden de concesión.

V. V. V.—Cádiz.—Hace el núm. 18 para el piquete de guerra a Salamanca.

J. N. N.—Peredada.—José Lorenzo de Ana, hace el núm. 56 en la escala de aspirantes para la Comandancia de Zamora.

S. de M. R.—Melilla.—Su papeleta tuvo entrada. Hace el núm. 500.

A. B. R.—Corona 71.—Contestamos a sus preguntas: A la 1.ª Hasta la fecha no hay ningún real orden pedido. A la 2.ª Vea las Reales órdenes de 2 de Agosto de 1921 (D. O., núm. 170); disposición del año 1920 (*Diarios Oficiales*, números 211, 225 y 278), y el 183 del año 1921. A la 3.ª Hace el número 76.

T. M. C.—Larache.—No aparece haya tenido entrada a el Ministerio su papeleta.

A. H.—Punta Lucero.—Contestamos a sus preguntas: 1.ª Hace el núm. 16. 2.ª No se sabe nada de ese aumento. 3.ª No se ha confeccionado todavía el Escalafón.

A. P. V.—Toledo.—Para su primera consulta vea las Reales órdenes de 24 de Mayo de 1920. (D. O., núm. 115); 7 de Abril y 2 de Agosto de 1921, (D. O., núms. 78 y 170); y 12 de Junio de 1922, (D. O., núm. 130); desde luego, queda anulada su papeleta.

A. R.—Melilla.—No tiene duda ninguna que

sirve el primer tiempo para cumplir los dos años de obligatoria permanencia en Africa.

J. M.—Tetuán.—Contestamos a sus preguntas: 1.ª Nada se sabe de la convocatoria. 2.ª Puede cambiarse de destino y le sirve el tiempo que lleva. 3.ª Pasadas las 24 revistas y estando declarados aptos para el ascenso.

M. F.—Santoña.—Hace el núm. 6 para el Regimiento 66, el 7 para la Caja de Gran Canaria y el 8 para la Zona.

J. B.—Beni-Arós.—Hace el núm. 979 en el libro de registro para pilotos y van llamados hasta el número 620.

L. C.—Cartagena.—El resguardo de la Caja general de Depósitos puede estar hecho a nombre de cualquier persona, pero condicionando que es para garantizar bienes del matrimonio de usted con su futura esposa. Vea las Reales órdenes de 14 de Octubre de 1918 (D. O., núm. 23), y 15 de Febrero de 1921 (D. O., núm. 36).

D. P. B.—Tetuán.—Hace el núm. 74 de la clasificación de sargentos. Como no se tiene a la vista su filiación no se le puede contestar. Haga instancia a S. M. solicitando lo que pretende.

J. P.—El Capitán y Tenientes por quienes presta servicio en el Regimiento de San Fernando. La instancia hay que dirigirla a la Comisión liquidadora de su Cuerpo a el Ministerio de la Guerra.

J. G. del P.—Balears.—Vea los artículos 526 al 530, inclusive, del régimen interior de los Cuerpos y desconocen las órdenes que la superioridad respectiva haya podido dar a los Comandantes de puesto.

J. C. G.—Ciudad Rodrigo.—Su papeleta entró en el Ministerio, pero todavía no está clasificada. Los destinos a Regulares son hechos a propuesta del Alto Comisario, y se conoce que su renuncia no llegó a tiempo a su autoridad. El teniente don Luis Cano hace el núm. 32 para ingreso en Carabineros.

A.—Tetuán.—Nada se sabe de la convocatoria de policías que interesa.

D. C. P.—Puerto de Cabras.—No se tiene noticia alguna de las convocatorias que le interesan.

J. F. L.—Casares.—De no tener que deducirse tiempo por licencia u otra causa, le corresponde el premio de 25 pesetas en fin del corriente, y tiene abono tres años, siete meses y cuatro días.

A. F. P.—Xauen.—Para lo que se refiere con la medalla de Africa, vea las Reales órdenes de 29 de Julio de 1916 (C. L., núm. 132); 18 de Agosto de 1919 (C. L., núm. 308); 8 Septiembre 1912 (C. L., núm. 175); 8 de Marzo de 1910, (C. L., núm. 48);

12 de Marzo de 1920 (D. O., núm. 59), y 7 de Diciembre de 1920 (D. O., núm. 277).

J. G.—Madrid.—No puede venir al curso de observadores; sólo al de pilotos, cuando se convoque uno de pilotos civiles.

J. R. de C.—Melilla.—No le tocará, por llevar ya cumplido dos turnos. Ya habrá visto la propuesta de Julio.

P. L.—Melilla.—Fué complacido en el mes de Mayo.

M. D.—Tetuán.—Hace el número 191.

P. C.—Larache.—Calzado hace el número 240 y Gallego el 184.

F. S.—Larache.—Esa licencia no le sirve de tiempo de abono.

C. C.—Pontevedra.—El que no ha estado de Capitán de ir primero para cubrir la vacante.

L. T.—Su carta fué contestada con fecha 8 de Junio. Debe atenderse a la R. O. de Julio de 1921 (D. O., núm. 151).

F. P.—Alcoy.—Hace el número 357. Tardará unos veinte meses.

C. V. de R.—Melilla.—El cabo Rocha hace el número 1.398 de la 3.ª clasificación.

V. (Contin).—Para Lugo el 118, para Coruña el 220, para Asturias el 136, para Vizcaya el 245 y para Santander el 258.

A. G. E.—Betanzos.—La instancia no ha tenido entrada.

M. L.—Cala.—Tiene derecho.—Vea el art. 12 de la Real orden de 15 de Mayo 1919 (D. O., núm. 61).

M. M.—Larache.—Hace el 1.139 de la 6.ª clasificación. Ingresan por término medio, tres al mes.

J. M.—Monte-Arruit.—Para la Reserva 32, el 9; para la de Almería, el 11; para Málaga, el 19; para Córdoba, el 8; para Guadix, el 4; para Antequera, el 12; para el Regimiento de Córdoba, el 2, y para el Regimiento de la Corona, el 4.

J. M.—Ceuta.—Para Tarifa, el 4; para Ceuta, el 19; para Antequera, el 9; para Ronda, el 6; para Jerez, el 7; para Cádiz, el 6; para Guadix, el 2, y para Córdoba, el 7.

M. M. C.—Tetuán.—Para Alava, el 3; para Borbón, el 4; para Cádiz, el 7, y para Pavía, el 2.

E. M.—Xauen.—Para Palencia, el 6 y el 2; para Valladolid, el 9 y el 6, y para Reserva y Caja 87, el 8 y el 1.

J. de los R.—Jerez de la Frontera.—Vea la Real orden de 4 de Noviembre de 1.921 (D. O., número 246).

J. B. M.—Larache.—Para Reserva Zamora, el 6; para Toro, el 5; para Ciudad-Rodrigo, el 3; para Salamanca, el 6; para Villanueva la Serena, el 4; para Ciudad Real, el 6, y para Alcázar, el 8.

ARMAS Y LETRAS

F. M.—Orihuela.—Hace el número 168.

F. V.—Larache.—No ha tenido entrada su instancia.

M. O.—Tazarut.—1.º No hay disposición alguna que limite a cinco años los abonos. 2.º, no puede pasar de Regimiento ligero a Comandancia; 3.º La papeleta del primero no ha tenido entrada; las del segundo y tercero, sí.

C. G. M.—Cazador de Garrios.—Hace el número 2 para la Comandancia de Albacete.

L. O.—Alcoy.—No se sabe cuando ingresará. Nada se puede decir de la creación del Tercio móvil.

S. R.—Draa-el-Assef.—No le es de abono el tiempo servido en el cuadro eventual, por haber sido destinado a petición propia al Batallón de Barbastro, donde tiene que estar dos años.

H. P.—Monte-Arruit.—El soldado Juan Hernández, hace el número 50 para Guardia civil.

J. P.—Tetuán.—Deben atenderse a lo dispuesto en la R. O. de 7 de Julio de 1922 (D. O. núm. 150). Las vacantes de complemento las cubren los de complemento, y si no hay los profesionales.

F. C. C.—Beni-Arós.—El tiempo servido en el Batallón le sirve de abono. A los dos años de permanencia en Africa, contando ese abono, puede solicitar regreso a la Península.

B. P.—Larache.—Hace el número 7, pero no hay vacante.

J. A.—Ronda.—Nos hemos interesado por su instancia. Se halla en tramitación y en breve se resolverá.

E. L. G.—Tenerife.—1.º Sargento Casleles hace el núm. 2; 2.º, si el voluntario rescinde el compromiso, no puede ingresar en otro Cuerpo; 3.º, no hay nada dispuesto sobre el particular. El cambio de Cuerpo está prohibido a los individuos de tropa.

J. T. G.—Monte-Arruit.—No se puede saber cuando le corresponderá. Los destinos a Africa se hacen con arreglo al Real decreto de 2 de Junio de 1921.

INTERESANTE

Para ordenar y hacer posible la contestación de las consultas, en adelante nuestros suscriptores deberán remitirnos cada pregunta en el correspondiente boletín que publica ARMAS Y LETRAS.

Cada boletín servirá para una sola pregunta. Las consultas que no vengan escritas en el boletín se considerarán nulas. Los que deseen recibir la contestación directamente por carta deberán enviar con su consulta un sello de 0,20 pesetas. Rogamos a nuestros suscriptores se atenga detalladamente a estas instrucciones:

ARMAS Y LETRAS

SECCION DE CONSULTAS

Apellidos

Nombre

Empleo

Cuerpo

CONSULTA (1)

(1) Haced la pregunta clara y concisa.

SERNA COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

AS Proezas de la aviación

M. Louis Breguet asegura que pronto podremos ir de París Nueva York en una noche.

«El aeroplano de mañana— alcanzará sin esfuerzo, merced a su gran potencia, tales latitudes que si hoy se indicaran se irían por increíbles. Consideremos en los actuales momentos fácil llegar a una altura de 8.000 metros. Pero no se halla en el día en que podamos ascender a una altura de 15.000 metros en el lapso de una hora. Por medio de dispositivos especiales, pilotos y los pasajeros, cómodamente reclinados en bien acondicionado camarote, no sufrirán efectos de las bajas temperaturas ni de la atmósfera enrarecida. Y merced a esto último, el aeroplano marchará fácilmente a razón de 500 kilómetros por hora. Entonces será la cosa más natural del mundo salir de París en las primeras horas de la tarde, y después de pasar la noche en un dulce sueño aéreo, despertar a la siguiente mañana volando sobre las nubes, rasgando los cielos de la inmensa ciudad americana y descender en cualquiera de los grandes aeropuertos de Nueva York sin que el cuerpo se resienta del más leve cansancio».

El general Mitchell, jefe de aviación en Vanquai, sostenía que una escuadrilla de aeroplanos terrestres puede poner fuera de combate a un gran barco de guerra, aunque encuentre bastante alejado de la costa. Esta opinión fué rápidamente combatida por las principales autoridades de la marina americana; pero dado el interés que despertaban estas cuestiones, se llegó a conceder la oportuna autorización para realizar las experiencias que pedía el general.

El barco designado para servir de blanco fué el antiguo «dread-

nought» alemán «Ostfriesland», de 28.000 toneladas. Se llevó ese barco al sur de los cabos Virginia, a unas 100 millas de la costa. Las pruebas fueron señaladas para el día 21 de Julio, y se efectuaron ante la presencia de las autoridades marinas y numerosas comisiones de elemento oficial.

A las doce apareció la escuadrilla en el sitio en que se encontraba el blanco, adoptando en seguida la formación de columna, y pocos minutos después, el primer aeroplano dejaba caer su bomba, que se sumergió en el mar a unos 300 metros delante de la proa del buque; la tercera cayó dentro del casco, cerca de la popa, y la quinta en un costado, al lado de las chimeneas. Cuando llegó el último aparato, que era el Handley-Page, para echar su bomba, el «Ostfriesland» ya estaba hundido por completo, habiendo durado la maniobra solamente veintiún minutos.

Ante esta prueba «palpable» los más prudentes comprenden que no hay más remedio que inclinarse ante los hechos y que hoy las realidades bélicas exigen dar la debida importancia a la aviación terrestre y marítima.

EL CHUPÓPTERO

Vive Perico Pascual en la Corte holgadamente chupando tranquilamente productiva credencial.

¿Chupando he dicho? Así es, pues el bueno de Pascual va a la oficina puntual sólo a primero de mes.

Pero la razón mejor que tuve para emplear el verbo activo *chupar*, la vas a saber, lector:

Supo de Perico un día la angustosa situación,

su comadre Encarnación que es portera en la Gran Vía.

Guarda Encarna la portera secretos a la Tomasa que presta en la misma casa servicio de cocinera.

Y Tomasa, agradecida está a la disposición de la *señá* Encarnación en todo cuanto le pida.

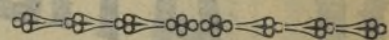
Al decirle Encarnación que a su parienta la Inés pidiese con interés una recomendación.

Tomasa expuso al momento el asunto de Perico a la Inés, que cría un chico del ministro de Fomento...

Y de Perico Pascual el asunto quedó hecho; *exprimió la Inés un pecho y lanzó una credencial.*

Ya ves, pues, de qué manera de eslabón en eslabón hizo Pedro su carrera; empezó en una portera y terminó en un pezón.

EDUARDO MATEO ALFARO



CASOS Y COSAS

Un parroquiano, después de haber comido muy mal, paga su cuenta sin dar propina al camarero.

Mientras recoge la vuelta, el camarero le dice:

—¿Podré creer que el señor no se olvidará de mí?

El parroquiano marchándose:

—Esté usted tranquilo; no soy rencoroso.

Un mozo empleado en el matadero de cierta ca. ital de provincia escribió a su familia una carta en la cual se leía el siguiente parrafito:

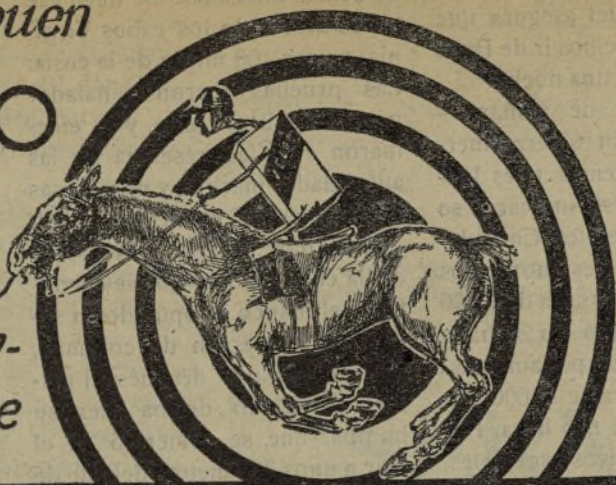
«Os escribo estas cortas líneas para deciros que el amo está muy contento de mí; ya me ha hecho sangrar varias veces, y por San Juan me hará desollar».

un buen jinete

hace un buen

Caballo

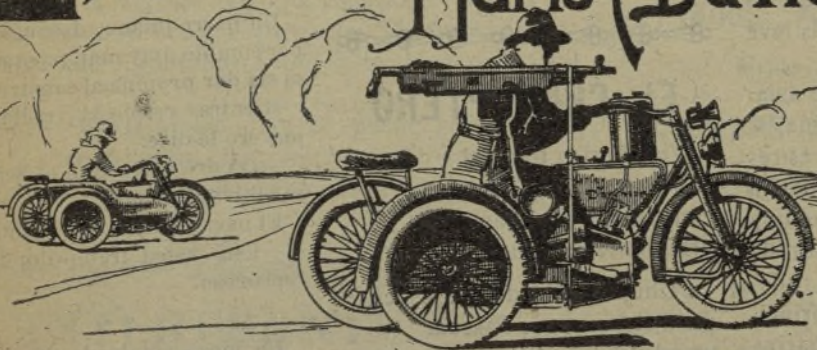
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



LA MOTOCICLETA MILITAR
es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 37

30 JULIO 1922

Preios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas

Semestre... 7,50

Año..... 15,00

EXTRANJERO

Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Páginas maestras.—El sitio de Berlín, por Alfonso Daudet.

Cuentos españoles.—La venda de Cupido, por José M. de Acosta y los soldados del héroe, por Angel R. Chaves.

Vulgarizaciones científicas.—La teoría de la relatividad de Einstein.

De la antigua Roma.—Los gladiadores.

Notas de automovilismo.—El sidecar, automóvil barato.

Notas de aviación.—Un paseo en aeroplano sobre los Alpes.

Las modernas máquinas de guerra.

Vulgarizaciones médicas.—Cómo se opera en el cráneo.

Novela.—Lazarillo español, por Ciro Bayo.

Variedades.

Actualidades, Entretenimientos, Anécdotas y Curiosidades.



EL SITIO DE BERLÍN

por ALFONSO DAUDET

Paseábamos un día con el doctor V. por la avenida de los Campos Elíseos, y del espectáculo de tantos muros agujereados por las granadas y de tantas aceras destrozadas y hundidas por la metralla deducíamos la historia del sitio de París. Poco antes de llegar a la plaza de la Estrella detúvose el doctor, y señalando una de las grandes casas de la esquina agrupadas con ostentación alrededor del Arco de triunfo, me dijo:

«¿Ve usted aquellas cuatro ventanas cerradas? Pues en los primeros días del mes de Agosto, de aquel terrible Agosto del año pasado, preñado de tempestades y de desastres, fui llamado allí para asistir a un enfermo atacado de una apoplejía fulminante.

«Era la familia del coronel Jouve, coracero del primer Imperio, anciano loco por la gloria y el patriotismo, que desde principios de la guerra se había trasladado a la avenida de los Campos Elíseos, a una habitación con balcones a la calle... ¿A qué no acertáis el motivo?... Para poder presenciar la entrada triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre hombre! La noticia de Wisemboug le sorprendió al levantarse de la mesa, y al leer el nombre de Napoleón al pie del boletín de la derrota, cayó al suelo como herido por un rayo.

«Al llegar a la casa hallé al antiguo coracero echado sobre la alfombra de la habitación, con la cara ensangrentada e inerte, como si hubiese recibido un horrible batacazo en la cabeza. Puesto de pie debía de ser muy alto, porque tendido en el suelo su

figura era imponente y majestuosa. Tenía hermosas facciones, soberbios dientes y la cabeza cubierta de canas completamente rizadas. A pesar de sus ochenta años no aparentaba más allá de sesenta... Junto a él, de rodillas y llorando amargamente, hallábase su nieta. Se le parecía tanto, que al verla al lado del abuelo creía contemplar dos bellísimas medallas acuñadas con un mismo molde, con la sola diferencia de que una era muy vieja, llena de tierra y algo borrosa en sus contornos, y la otra reluciente, limpia y suave, con todo el brillo de una acuñación reciente.

«El dolor de la niña me conmovió. Era hija de militares, puesto que su padre formaba parte del Estado Mayor de Mac-Mahon, y la imagen de aquel anciano tendido en el suelo evocaba en mi alma otra imagen no menos horrible.

«Procuré, por mi parte, tranquilizarla cuanto pude; pero en el fondo no abrigaba casi ninguna esperanza. Tratábase de una tremenda hemiplejía y a los ochenta años no es fácil salir de ella bien librado. En efecto, por espacio de tres días continuó el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y estupor... Entre tanto llegó a París la noticia de la choffen. Ya recordará usted la extraña manera como esto tuvo lugar; hasta al anochecer todo el mundo creía que habíamos alcanzado una gran victoria: veinte mil prusianos muertos, el príncipe real prusiano, etc., etc... Nunca he podido explicar cómo parte de aquella corriente magnética, tal como un eco de aquella alegría nacional, llegó hasta

pobre sordo-mudo, en el limbo de su parálisis. El caso es que aquella tarde, al acercarme a su cama, no me pareció el mismo hombre. Presentábanse sus ojos casi del todo claros, la lengua era menos pesada; hasta tuvo fuerzas para sonreír al verme y dos veces tartamudeó:

»—¡Vic...to...rial

»—¡Sí, coronel, victoria inmensa!

»Y a medida que le daba pormenores del grandioso éxito alcanzado por Mac-Mahon, veía cómo sus facciones se suavizaban, perdiendo la sequedad y tirantez de antes, y cómo su rostro se animaba de nuevo.

»Al salir de la habitación hallé a la jovencita que, pálida de pie delante de la puerta, me aguardaba sollozando.

»—¡Pero si se ha salvado!, la dije tomándole las manos.

»La desgraciada niña casi no tuvo valor para contestarme. Acababan de anunciar el verdadero Reischaffen. Mac-Mahon en retirada, el ejército destruido por completo... Por un momento nos miramos consternados. La niña se desesperaba pensando en su padre, y yo temblaba por aquel anciano. A buen seguro que no resistiría la nueva sacudida... Y con todo, ¿qué partido tomar?... ¿Dejarle la alegría, las ilusiones que casi le habían devuelto la vida?... En este caso era preciso mentir...

»... Pues bien, mentiré, me dijo la heroica niña enjugándose con viveza las lágrimas.

»Y radiante de alegría, entró en el aposento de su abuelo.

»Ardua tarea era la que se había impuesto. Durante los primeros días no nos salió mal el embuste. El pobre hombre estaba débil y se dejaba enganar como un niño, pero al recobrar la salud las ideas se le presentaron más claras. Hacíase indispensable ponerle al corriente del movimiento de las tropas, por medio de un resumen de los boletines militares. Daba verdadera lástima contemplar aquella bellísima criatura inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando pequeñas banderas y esforzándose en combinar toda una campaña gloriosa. Bazaine dirigiéndose a Berlín, Froissart en Baviera, Mac-Mahon en el Báltico. Para todas estas cosas me pedía consejo, y por mi parte la ayudaba en cuanto podía; pero la verdad es que el abuelo era quien nos guiaba en estas invasiones imaginarias. Había conquistado tantas veces la Alemania, durante el primer Imperio, que anunciaba todos los movimientos por anticipado. «Ved ahí dónde se dirigirán ahora... He ahí lo que van a hacer...» Y naturalmente, sus propósitos se cumplían al pie de la letra, lo que bastaba en gran parte para poner-

le orgulloso y satisfecho. Desgraciadamente, por más cuidados que tomáramos y por más batallas que ganásemos, nunca lo verificábamos con bastante rapidez, porque aquel viejo era insaciable... Cada día al entrar en su casa recibía la noticia de un nuevo hecho de armas.

»—Doctor, hemos tomado Maguncia, me decía la joven recibíendome con una sonrisa desgarradora.

»Y al mismo tiempo oía al través de la puerta una voz alegre que gritaba:

»—La cosa marcha... la cosa marcha... Dentro de ocho días entraremos en Berlín.

»Cuando decía esto los prusianos se hallaban ya a ocho días de París... Entonces nos preguntamos si sería mejor trasladarle a provincias; pero al salir a fuera, por el estado en que se encontraba el país, al instante se hubiera enterado de todo, y le hallaba yo muy débil y demasiado torpe aún a causa de la gran sacudida que había sufrido para dejarle conocer la verdad. Decidimos, pues, no salir de París.

»El primer día del bloqueo subí a aquella casa (lo recuerdo perfectamente) muy conmovido, con la angustia mortal que a todos nos causaba el cierre de puertas de París, la batalla en las murallas y nuestros arrabales convertidos en fronteras. Hallé al pobre viejo sentado en la cama, orgulloso y lleno de júbilo.

»—¿Qué tal? me dijo, ¡por fin ha comenzado el sitio!

»Le miré estupefacto.

»—¡Cómo, coronel! ¿sabe usted que?...

»Su nieta, entonces, vino hacia mí y me dijo:

»—¡Oh, sí, doctor!... ¿No sabe usted la gran noticia?... El sitio de Berlín ha comenzado ya, dijo sacando un alfiler con aire reposado y tranquilo.

¿Cómo era posible que sospechara nada? No podía oír los cañonazos de los fuertes. No podía ver el revuelto y siniestro aspecto de la infortunada capital. Lo único que veía desde su cama era uno de los lados del Arco de Triunfo, y en su habitación, a su alrededor, una serie de objetos de baratillo de la época del primer Imperio que parecían a propósito para mantener sus ilusiones. Retratos de generales, grabados representando batallas, el rey-niño de Roma; luego las grandes, esbeltas y macizas consolas adornadas con trofeo de cobre, llenas de reliquias del Imperio, medallas, bronce, un pedazo de roca de Santa Elena debajo de un globo de cristal, varias miniaturas representando todas ellas una dama de ojos claros y rizados cabellos, en traje amarillo de baile, con mangas ahuecadas.

»Y todos estos objetos, las consolas, el rey de Roma, los generales, las damas con trajes amarillos, de esbelto talle y de alta cintura, con el envaramien-



to distintivo de la elegancia en 1806... formaban una atmósfera de victorias y conquistas que contribuía mucho más que cuanto podíamos decirle, a hacerle creer con ingenuidad infantil en el sitio de la capital de Prusia.

»A partir de aquel día nuestras operaciones militares quedaron en extremo simplificadas. La toma de Berlín era sólo cuestión de tiempo; de vez en cuando si el pobre anciano se aburría mucho, leía-se una carta de su hijo; carta imaginaria, por supuesto; porque estábamos incomunicados, y desde el desastre de Sedán el ayudante de campo de MacMahon fué conducido a un fuerte de Alemania. Ya puede usted figurarse la desesperada situación de aquella tierna niña, que careciendo por completo de noticias de su padre y sabiendo que se hallaba prisionero, privado de todo y tal vez enfermo, se veía obligada a hacerle hablar en fingidas y alegres cartas, algo cortas, como las escribiría un soldado en campaña marchando victorioso en país conquistado. Algunas veces le faltaban fuerzas para ello y se pasaban semanas enteras sin noticias del ayudante. El anciano coronel se inquietaba, no dormía, y entonces llegaba a toda velocidad una carta de Alemania que la niña leía, con fingida alegría y reprimiendo el llanto, junto a la cama del enfermo. El coronel la escuchaba con religioso silencio, sonriendo con aire de inteligente. Y aprobando unas cosas y criticando otras, nos explicaba los pasajes oscuros. Pero lo verdaderamente notable eran las supuestas contestaciones que dirigía a su hijo:

«No te olvides nunca de que eres francés, le decía... Sé generoso con los infelices. No contribuyas a que la invasión sea para ellos una carga insostenible...» Y aquí venían un interminable número de advertencias, de deliciosos sermoncitos sobre el respeto que merecen las propiedades, la galantería que debe usarse para con las señoras; en fin, un ver-

dadero código de honor militar para uso de conquistadores. También a veces añadía algunas consideraciones generales sobre la política y las condiciones con las que debía estipularse la paz con los vencidos. Respecto a este punto menester es decir que no era exigente:

«La indemnización de guerra, y nada más... ¿qué nos serviría tomarles algunas provincias? ¿Es posible, por ventura, ensanchar nuestra patria con territorios germanos? ¿Serían nunca franceses?...»

»Dictaba estas frases con voz segura y tan calmada que se echaba de ver la ingenuidad de sus palabras llenas de amor patrio, que era imposible que le charle sin conmoverse.

»Mientras tanto el sitio adelantaba sin cesar, ¡ay! no era el de Berlín, por desgracia... Había llegado al bombardeo, al horroroso frío, a la falta de alimentos y al hambre; pero gracias a nuestros cuidados y a nuestros esfuerzos y a la infatigable ternura que prodigaba en torno de aquel anciano, ni un instante fué turbada su serenidad. Hasta los últimos días pude proporcionarle pan blanco, carne fresca que tal vez sólo para él se hubieran hallado. Nada en verdad, puede concebir usted más conmovedor que los almuerzos de este abuelo tan inocente y egoísta; el buen anciano, metido entre sábanas, con la servilleta debajo de la barbilla, y junto a él su nieta, algo pálida a causa de los trabajos, dirigía las manos del abuelito, dándole de comer ayudándole a comer todos aquellos alimentos que para los demás eran fruta vedada. Animado entonces por la comida y satisfecho, en su bien calentado gabinete, contemplando a través del balcón helado el invierno y la nieve que se acumulaba en las ventanas, acordábase el anciano de las campañas del Norte, y por cada vez nos refería la desastrosa retirada de Ro-

de no podía comerse otra cosa que galleta helada y carne de caballo.

—¿Entiendes tú, chiquilla?, ¡comíamos carne de alio!

Ya lo creo que lo entendía; hacía dos meses que se alimentaba de otra cosa... Sin embargo, á medida que entraban en la convalecencia nuestros trapos con el enfermo eran cada día más dificultosos: el entorpecimiento de todos los sentidos y de los miembros que tanto nos había favorecido hasta entonces empezó a disiparse. Ya dos o tres veces las terribles descargas de la puerta Maillot le habían hecho dar un salto en la cama, y el hombre iba siempre en acecho como perro cazador. Nosotros, pues, obligados a inventar la victoria final de aine en Berlín y las salvas hechas a los Inválidos a celebrar tan fausto suceso. Otro día en que trasladamos la cama muy cerca de la ventana (creo que jueves de Buzenval) pudo ver perfectamente a los guardias nacionales que se reunían en la tienda de la Grande-Armée.

—¿Qué son estos soldados?, preguntó el buen hombre.

Y advertimos que refunfuñaba: —Mal porte tienen, mal porte.

Es verdad que no añadió ni una palabra; pero bastó para que comprendiéramos desde aquel momento que era indispensable tomar grandes precauciones. Desgraciadamente no se tomaban bastantes.

Una tarde, al llegar yo allí, acercóseme la niña perturbada y me dijo:

—Mañana entran.

Estaba abierta la habitación del abuelito? No sé; pero es que después, recordando todos los detalles me vino a la memoria que aquella noche la forma del anciano presentaba un aspecto extraordinario. Es muy probable que nos oyera. Pero otros hablábamos de los prusianos y el infeliz no sabía más que con los franceses, cuya entrada en París aguardaba impaciente desde muchísimo tiempo. Mac-Mahon bajando entre flores y música la avenida, su hijo al lado del general y él, ¡po-

bre anciano! en el balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando las agujereadas banderas y las águilas ennegrecidas por la pólvora...

¡Infeliz coronel! Se imaginó que tratábamos de evitar que presenciara el desfile de nuestros soldados al objeto de que no sufriera una emoción demasiado fuerte; por esto, sin decir una palabra a nadie, a la mañana siguiente y a la hora precisa en que los batallones prusianos penetraban con cierto temor en la larga vía que conduce desde la puerta Maillot a las Tullerías, la ventana de aquella casa se abrió poco a poco y apareció el coronel con su casco, su gran levita, en una palabra, con toda la antigua y gloriosa herencia de coracero y veterano de Milhaud.

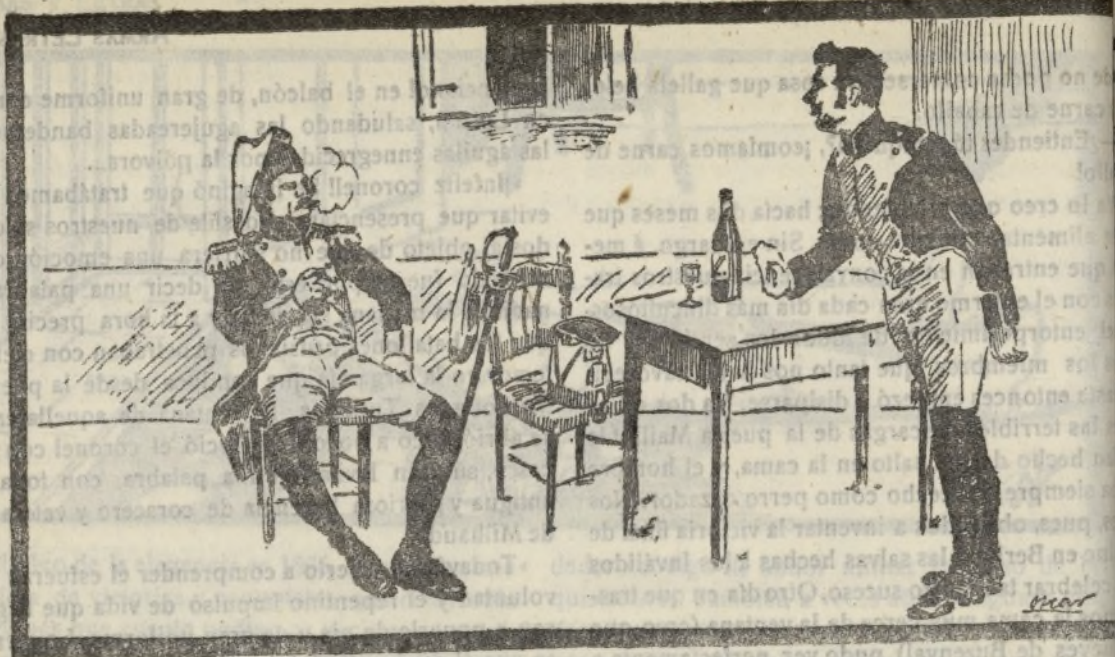
«Todavía no acierto a comprender el esfuerzo de voluntad y el repentino impulso de vida que llegaron a ponerle de pie y de gran uniforme. Lo cierto es que él estaba allí detrás de la baranda, admirándose de ver las anchas avenidas tan silenciosas, las persianas de las casas cerradas, y París lúgubre como un gran lazareto. En todas partes banderas, sí, pero, ¡cosa más rara! todas ellas blancas con cruces encarnadas, y ni un solo curioso para recibir a nuestros soldados.

«Por un instante creyó que se engañaba... pero pronto allá a lo lejos, detrás del Arco de Triunfo, oyó un confuso rumor, y a la luz del naciente día vió una línea negra que iba avanzando... y luego poco a poco pudo distinguir las brillantes puntas de los cascos, los pequeños tambores de Jena empezaron a batir, y por debajo del Arco de la Estrella, acompañada del pesado movimiento de las secciones y del chocar de los sables, rompió la marcha triunfal de Schübert...

«Entonces, en medio del aterrador silencio de la plaza, se oyó un grito, grito terrible de: «¡A las armas!... ¡a las armas!... ¡los prusianos!» Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron contemplar allí arriba, en aquel balcón, al gran anciano tambalearse, mover los brazos y caer desplomado al suelo. El coronel Jouve dejó de existir para siempre.»

ALFONSO DAUDET.





LOS SOLDADOS DEL LORD (RECUERDOS DEL AÑO 9)

Las varias derrotas que habían padecido las fuerzas de D. Gregorio de la Cuesta, que era a las que pertenecía el regimiento de que yo mandaba una compañía, habían dejado tan mermados nuestros batallones, que para completar alguno de ellos hubo de ordenar el duque del Parque que hasta donde alcanzasen se fueran supliendo las bajas con los soldados sueltos que de diversas partes llegaban por todo refuerzo al ejército de Extremadura.

Entre los que me tocaron en suerte, que no fueron muchos, venía un mozo, y digo mozo por costumbre, pues ya el hombre frisaba en los treinta muy corridos, tan liso y expeditivo para todo, que con él suplí a un para mí insustituible asistente que había perdido en la tristemente célebre rota de Medellín.

El asistente de ahora era andaluz; había nacido en Rota, y alistado como voluntario en la infantería de Marina, había asistido al año 5 al glorioso combate de Trafalgar guarneciendo el *San Juan Nepomuceno*.

Con un lenguaje que no por estar plagado de barbarismos dejaba de ser por todo extremo pintoresco, narraba con los más vivos colores las pericias de aquella terrible función naval, y aunque tal vez exageraba un poco los detalles, de punta ponía el cabello la relación del modo y manera con que logró escapar, en la espantosa noche que siguió al combate, de caer prisionero de los ingleses.

El cómo y por qué pasó a servir en los ejércitos de tierra al estallar la guerra con el francés, tema que le hacía soltar con frecuencia la sinopsis; pero por ser esto poco pertinente al episodio no cuento, que me propongo ahora narrar, de hacerme cargo aquí de su charla.

Lo que sí diré, por ocasión de apreciarlo en el largo tiempo que anduvo a mis órdenes, que de sus primeros pasos en la carrera de la guerra conservaba dos sentimientos que nadie le habría hecho perder: la nostalgia por la vida del mar y el odio a los que el año 5 eran nuestros más placables enemigos y desde mediados del 8 vWellin, siendo nuestros mimadísimos aliados.

Adorar el mar y aborrecer a los ingleses era una cosa de visa de Frasquito Puerto, que, para que se sepiera el nombre del héroe de esta narración.

Mientras bien o mal, mejor dicho más mal que bien, nos las fuimos bandeando solos, Frasquito que no por cuidar de que nada me faltara se batiese como un león cuando la ocasión se sentaba, todo lo llevó con paciencia.

Lo más que se permitía en las ocasiones, por gracia harto frecuentes, en que la impericia de otros jefes y lo mermado de nuestras fuerzas nos obligaba a pronunciarnos en retirada, era excusarse cuando ya estábamos fuera del alcance del enemigo.

—¿Lo ve su merced, mi capitán? Donde

a por delante para correr, se pueden hacer pocas zañías. La piel se quiere conservar a toda costa y olvida uno hasta de la pícara vergüenza, con perón sea dicho. Para batirse a pie firme no hay conio s cuatro paredes de madera de un barco. Allí el e no quiere seguir no tiene más remedio que ha-arse matar.

Pero aquellas rachas de mal humor pasaban, y ttretenido en buscarme, así se ocultaran en el cen-o de la tierra, los mejores bocados, volvía a su na-al desenfado y a su locuacidad, alegre y picante omo el sol de la tierra que le había visto nacer.

Sin embargo, un día recibió un golpe que le tuvo citurno y cariacontecido muchas semanas.

ría de lo que nosotros, y sólo nosotros, pudiéramos haber hecho sin ayuda de nadie.

III

No poco decreció el entusiasmo al ver que muchas de las predicciones de Frasquito se cumplieron muy en breve.

Todavía era tolerable el que lo más selecto de los víveres y lo más cómodo de los alojamientos fuera siempre para nuestros aliados. Lo que se hacía imposible de soportar era que con tal desdén trataran a los nuestros, que obedeciendo a mala gana las órdenes de nuestros jefes, parecía que a nosotros nos



Wellington, el Lord, como todos le llamaban, anunciaba su venida para dentro de poco, y como anda de su llegada nos mandaba dos batallones ingleses que nos ayudaran en las operaciones de aquellos días.

En el entusiasta recibimiento que se hizo a aquellos soldados, altos como jarcias y desmadejados y os como maniquís, no tomó parte ni en poco ni mucho Frasquito Puerto.

La admiración que en todos producían aquellos ombretones, que todavía hacían más grandes las ensas gorras de pelo que cubrían sus cabezas londas y que parecían más secos con sus desco-idas casacas rojas, indignaba a mi asistente.

—¿Sabe su merced lo que harán esos? me decía. —Merse hasta la última migaja de nuestro pan, de-que nos rompamos los huesos, y llevarse la glo-

tenían por tan ineptos y apocados, que sólo como a estorbo llegaban a mirarnos.

Y sin embargo, era tal la confianza que teníamos en su pericia militar y en su bizarría, que ni a protestar nos atrevíamos de aquella servidumbre en que querían tenernos, y a cada paso les hacíamos objeto de halagos y cortesías, que ellos recibían siempre con el desabrimento de quien, no como merced sino como obligación, tuviera derecho a todo rendimiento.

IV

Cuando se nos dió orden de atacar un pueblo que por sorpresa se había apoderado el francés y desde el cual cortaba la comunicación con nuestras líneas, todos tuvimos la empresa por perdida, dado lo exiguo de nuestros contingentes.

Para tal empeño no contábamos más que con dos piezas de artillería, tres batallones de tropas españolas y uno de los regimientos ingleses.

Estos recibieron la orden con la misma frialdad que si les hubieran mandado asistir a una parada, y eso que como una nueva muestra de deferencia se les dió el puesto más arriesgado de la vanguardia.

—Mejor, murmuró al enterarse de ello Frasquito; con eso tendremos el gusto de verlos volver antes las espaldas.

Pero hay que hacer la justicia a nuestros aliados de que esta vez mi asistente se engañó de medio a medio.

Los franceses, contando como contaban con dos regimientos de caballería que les eran inútiles en el recinto del pueblo, lejos de aguardar el ataque, nos salieron al encuentro en una llanada.

A mi compañía, por tocarle apoyar la retirada, se la mandó permanecer a retaguardia, y por ello no entró por el pronto en fuego, pudiendo nuestros soldados presenciar como meros espectadores la primera parte del encuentro.

Este fué verdaderamente hermoso. Los ingleses, formando los cuadros con una regularidad automática, no parecían hombres, sino máquinas cuyo artificio no alteraban en nada las bajas sufridas que se cubrían con tal precisión, que jamás se notaban los claros.

Por tres veces los dragones imperiales tocaron las líneas del cuadro, y otras tantas fueron rechazados.

A la cuarta, saliendo de todas las gargantas un grito de entusiasmo, caímos sobre los franceses

como incontrastable alud, y en pocas horas dejamos al enemigo de sus posiciones, quedando el pueblo por nuestro.

Cuando ya asegurada la victoria se empezaron a oír los toques del alto el fuego y pudimos tomar descanso que ya íbamos necesitando, no me pude sustraer al deseo de preguntar a mi asistente:

—Y ahora, ¿qué dices de los ingleses?

—¡Que son buenos soldados! contestó, como aquella victoria le doliese tanto como una demerita.

V

Las coacciones y tropelías que aquella noche metieron en el pueblo nuestros aliados fueron hostilidades y de tal bulto, que sólo con trabajo pudo lograr Frasquito una menguada y fementida cena con que reparar yo mis decaídas fuerzas.

Cuando me la sirvió en una casa cuyos dueños temblando como azogados, no hacían más que mirar por las ventanas si entrarían allí los soldados del Lord, mi asistente me dijo con mal reprimida satisfacción:

—¿Lo ve su merced? Ya van descubriendo la imagen. Son valientes, eso sí, no seré yo quien lo niegue; pero más nos valiera habernos pasado sin su ayuda.

Por desdicha, en el transcurso del tiempo, después de las no pocas y señaladas victorias que debimos en gran parte a las altas prendas militares de Wellington, tuve ocasión más de una vez de vencerme de que no faltaba justicia en las palabras de mi buen asistente Frasquito Puerto.

ANGEL R. CHAVEZ, Teoría

DE OTROS TIEMPOS

Concluida la batalla de Mendigorria, el general en jefe, D. Luis Fernández de Córdova, presenciaba el desfile de las tropas vencedoras. Los soldados rompían filas al avistar a su caudillo, para vitorearle y hasta besarle. Como todos estaban ennegrecidos por la pólvora, al roce imprimían su propio sudor y polvo sobre la cara del joven general, «por cuyo varonil semblante—escribe su hermano don Fernando en *Mis memorias íntimas*—corrían, en el extremo de tanta emoción, lágrimas de gratitud y suprema dicha, porque nada lisonjea tanto al hombre de guerra como el amor del soldado y las demostraciones de su afecto».

Al pasar por delante de él—sobre el camino de Puente la Reina—los regimientos del Infante, Córdoba y Gerona y la Guardia provin-

cial recordó, sin duda, que antes de empezar la batalla había dicho, al divisar la bandera de Gerona, bajo la que sólo servían veteranos catalanes: «¡Soldados! ¡esta tarde beberemos juntos en Mendigorria!»; por lo que se volvió al comisario del Cuartel General y le gritó: «¡Si el comisario, doble ración de vino a estos borrachos que la pólvora ha embriagado!».

Y luego, cuando la tropa arrastraba en hombros al general y al caballo, exclamó don Luis con voz vibrante: «¡Soldados! ¡La nación sabrá vuestro valor y los pueblos conocerán vuestra conducta valerosa de sus hijos!» Contestaron los catalanes: «¡Viva la petita!».

En el conciso parte de esta batalla que el general en jefe dió al Gobierno dijo que *abstenia de recomendar a ninguno por el temor de ofender a todos».*

VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

Einstein el genial físico alemán ha desarrollado y demostrado una nueva teoría física que cambia por completo el modo de ver las cosas del Universo, como teníamos (y que tenemos aún) desde Aristóteles y Newton. El tiempo y el espacio son conceptos rigidamente fijos y exactos para ambos sabios, el de

antigüedad y el moderno; pero viendo Einstein a desmostrar, que ni el espacio ni el tiempo son fijos, sino que varían según el observador. Es decir, que según las condiciones en que encuentre el individuo, así tendrá la imagen de lo que observa; nunca la concepción real de lo que es, puesto que depende aquella de las circunstancias relacionadas con él palatismo.

De ahí que se deduce a esta teoría, *Teoría de la Relatividad*. Su comprensión no está al alcance más que de las inteligencias muy cultivadas, y a fin de extenderla a todo el mundo - universal, científicamente se realizó un concurso

en los Estados Unidos de América del Norte, para premiar espléndidamente a quien explicara y divulgara esta teoría, de modo tal, que estuviese ausente el tecnicismo, no llegando a conceder el premio.

Aparte de ese concurso, otros han tratado de vulgarizar también las teorías de Einstein, y he aquí algunos puntos de la vulgarización que conocemos completa y conveniente.

* * *

La arquitectura del Universo, o mejor; de la ima-

gen que de él nos presenta la Ciencia, está fundada en las ideas del Tiempo y del Espacio. *Donde y cuando* son las dos cuestiones esenciales. En una palabra: el Tiempo y el Espacio son las dos muletas en que nuestro vacilante espíritu creía poder avanzar sólidamente en el estudio del mundo... antes de Einstein.

Supongamos que dos ingenieros hábiles, miden con reglas y elementos perfectos y una precisión absoluta, la longitud de una calle; pero que uno opera más rápidamente que el otro. ¿Obtendrán la misma longitud? *Si*; dirá un discípulo de Newton y de la Ciencia clásica. *No*, responde Einstein.

Supongamos ahora que ambos mentores disponen de perfectos cronómetros, y que al tiempo que miden la largura de la calle, observan igualmente con precisión absoluta, el tiempo que emplea un peatón en recorrer la calle de un extremo al otro. ¿Hallarán tiempos iguales? *Si*, con-

testará el newtoniano. *No*, repetirá Einstein.

Por muy extraordinario que parezca, en los dos casos Einstein tiene razón y Newton se equivoca.

Esta completa revolución de la Ciencia, está basada en el hecho de experiencia que sigue: La velocidad de la luz es siempre idéntica para el que la mide, e igual poco menos a 300.000 kilómetros por segundo.

Esto que parece sencillo a primera vista, es una comprobación que durante muchos años ha admirado a los más grandes sabios de la Tierra, y que fi-



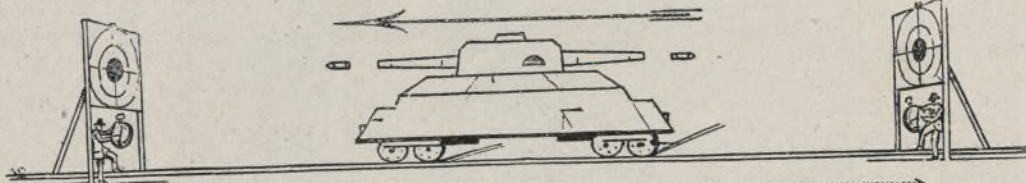
Torre construida por los alemanes para experimentar dentro de ella las nuevas leyes de la gravitación con que revolucionó al mundo físico el profesor alemán Einstein.

nalmente cuando Einstein ha sacado de ella las consecuencias para su *Relatividad*, ha hecho el efecto de un cartucho de dinamita, en los fundamentos de la Ciencia.

¿Por qué? Un ejemplo lo hará comprender.

La experiencia del tren.

Supongamos que un tren blindado que va a toda velocidad, dispare dos cañonazos idénticos, uno hacia adelante y otro hacia atrás. Los observadores situados al lado de la vía, comprobarán que el proyectil tirado hacia adelante, lleva una velocidad mayor que la del otro. Esto es natural, pues la velocidad del tren, se suma a la del proyectil en el primer disparo y se resta en el segundo, conforme a las leyes ordinarias de la mecánica. De modo que, si los proyectiles tuvieran una velocidad inicial igual



Si un tren blindado que marcha a gran velocidad, tira sobre dos blancos, en el momento en que se halla a igual distancia de ambos, se observará que el proyectil tirado sobre el blanco de delante llegará antes que el tirado sobre el blanco de detrás. Las luces de los cañonazos llegarán al mismo tiempo cualquiera que sea la velocidad del tren blindado.

a la del tren, el disparado hacia atrás, caería verticalmente y sin velocidad, en relación con los observadores.

Pero he aquí la gran sorpresa; si dotáramos a los observadores de aparatos de medición perfectos, acusarían estos que la luz del fogonazo de los dos tiros, tanto del dirigido adelante cuanto del dirigido atrás, les había llegado con la misma velocidad.

Esta experiencia se ha hecho con dos estrellas de movimiento rápido; por el astrónomo de Sitter y con una gran precisión, y se ha demostrado que la velocidad de la luz es la misma, si procede de una estrella que se aleja y de una que se acerca a nosotros. Los rayos luminosos proyectados por un origen, no se comportan como los proyectiles lanzados desde el mismo origen.

Por consiguiente, las leyes ordinarias de la mecánica, no son aplicables a la luz.

Si ahora observadores situados en el tren miden la velocidad de la luz de ambos cañonazos, *con relación a ellos mismos*, comprobarán que los rayos luminosos se propagan hacia adelante y hacia atrás del tren, con velocidades idénticas; 300.000 kilómetros por segundo.

Michelson y Morley han realizado esta experien-

cia con gran precisión sobre el más rápido que el hombre puede disponer, la Tierra que alredeor del Sol a 30 kilómetros por segundo.

Así, pues, la velocidad de un vehículo no puede en ningún caso ajustarse a la de la luz que emite.

Esta velocidad límite, de 300.000 kilómetros por segundo, se observa siempre, es en otro orden análogo a la temperatura de 273° bajo cero, que se llama *absoluto* y que es también en la naturaleza un límite infranqueable.

Hechos contradictorios.

En resumen, los hechos, por muy extraños que sean, son contradictorios que puedan parecer; son los siguientes:

Hecho 1.º Los rayos luminosos, lo mismo que las proyecciones procedentes de nuestro tren

dado, se propagan hacia adelante y hacia atrás con la misma velocidad con relación a los observadores situados en el tren.

Hecho 2.º Estos rayos luminosos a la vez que los proyectiles y a despecho del desplazamiento del tren, llegan con la misma velocidad a los observadores situados simétricamente en la vía, delante y detrás del tren, según ellos mismos comprueban.

Como veremos, Einstein ha conciliado estos resultados contradictorios, demostrando que los observadores en el tren y en la vía miden en realidad las velocidades con reglas de longitud diferentes.

La consecuencia asombrosa de los hechos precedentes, es, como se va a demostrar, que la longitud de un objeto cualquiera, no es nunca constante, sino que varía con su velocidad.

La medición de una longitud.

En efecto, la longitud de un objeto, de una barra, por ejemplo, depende de la imagen delimitada por los dos rayos luminosos que vienen de sus extremos simultáneamente a nuestros ojos.

Son, pues, esos dos rayos luminosos los que determinan la longitud (véase la figura correspondiente). Marquemos en la mesa las dos posiciones A y B de los dos

os de la regla. Supongamos ahora que esta se mueve muy rápidamente sobre la mesa, y ligeramente llega a su primitiva posición, en el sentido de C. Cuando su extremo posterior llega a la posición primera en B, envía hacia el ojo un rayo luminoso R_3 que coincide con R_1 . Por otra parte, R_3 llega a el ojo al mismo tiempo que un rayo R_4 que proviene del extremo anterior de la regla. ¿Coincide R_4 con R_2 ? Evidentemente no. En efecto, como hemos demostrado antes (Hecho 2.º) el rayo R_4 se aleja de la extremidad anterior de la regla con la misma velocidad que el rayo R_3 de la posterior. (Así podría demostrarlo un minúsculo observador situado e inmóvil sobre la regla en movimiento); pero el extremo anterior se aleja del ojo al mismo tiempo que el posterior se aproxima. Por consecuencia, el rayo R_4 se propaga hacia el ojo más lentamente que R_3 , aunque somos incapaz de apreciar una diferencia entre sus velocidades (Hecho 1.º) Como ambos rayos vienen a el ojo al mismo tiempo (puesto que por definición, la imagen de un objeto está formada por los rayos que llegan simultáneamente a la retina) se deduce que el rayo R_4 ha debido ser emitido más pronto que R_3 , antes que el extremo posterior de la regla haya alcanzado la posición A, o en otros términos, cuando estaba en D, por ejemplo. Por consiguiente, cuando la regla pasa rápidamente ante nosotros (o nosotros pasamos rápidamente ante ella, que viene a ser lo mismo) tiene para nosotros la longitud D B.

En las pequeñas velocidades a que estamos acostumbrados, la diferencia es imperceptible; pero en cambio para velocidades de cientos de millares de metros por segundo como la del radio, ya es una cosa.

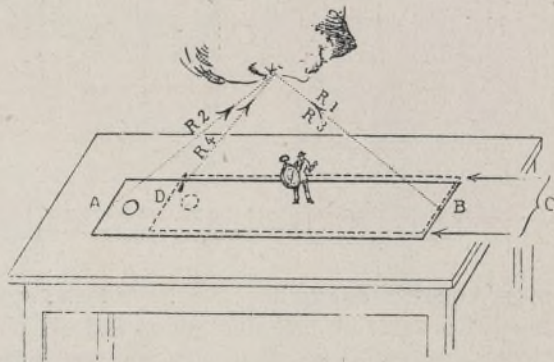
Las consecuencias prácticas.

Se dirá acaso que estas asombrosas comprobaciones no pueden tener ninguna consecuencia práctica, porque las velocidades con que tenemos relación en la vida corriente son muy modestas. Es posible. Cuando han sido descubiertas, pasó un tiempo, lo que no impide que la teoría de Einstein realice una revolución considerable en el espíritu humano. Se creía antes que la tierra era plana; cuando se demostró su redondez, continuó pareciendo prácticamente plana poco más o menos. Lo mismo, las longitudes, las masas y los tiempos, nos parecían siempre definidas y constantes. Pero sabemos ahora, que no lo son más que a medias. Es una referencia que hay entre lo falso y lo verdadero, como decir que $90 \times 9 = 100$; esto es, decir una cosa casi verdad casi falsa.

El cálculo demuestra que a una velocidad de 260.000 kilómetros por segundo, nuestra regla de movimiento nos parecería dos veces más pequeña que en reposo.

Así es, que la forma y las dimensiones de los objetos, dependen de su velocidad con relación al observador (1).

Un círculo en movimiento rápido, parecería elíptico. Si la Tierra girase alrededor del Sol, este nos parecería alargado y como un gigantesco limón sus-



No se obtienen las mismas dimensiones midiendo una regla inmóvil o una regla en movimiento (véase el artículo).

pendido en el cielo. Si un aviador pudiese volar a una velocidad fantástica, una plaza cuadrada, la vería rectangular y muy estrecha en el sentido de su marcha.

El tiempo es la cuarta dimensión.

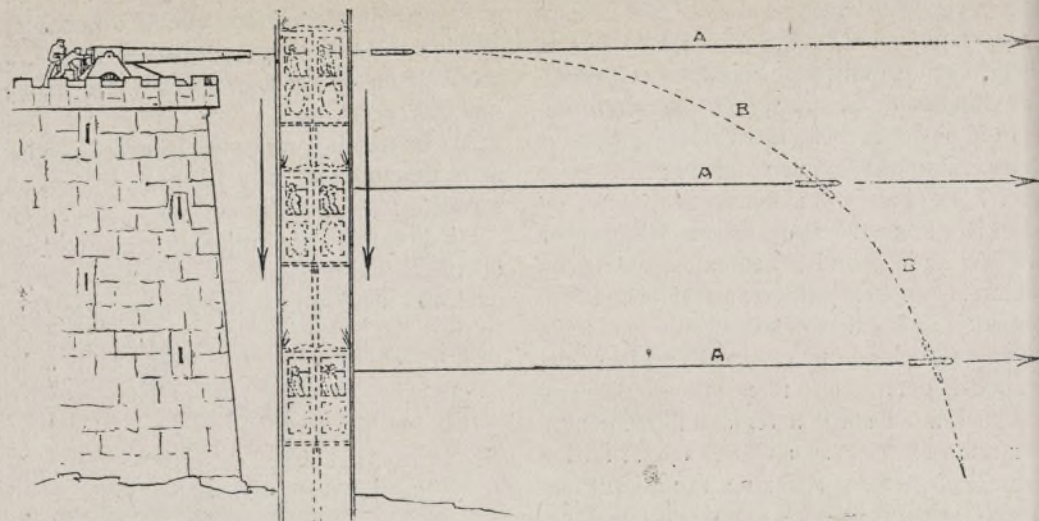
No bastará en adelante medir la longitud, la anchura y la altura de un objeto (que son lo que llamamos sus tres dimensiones, como asimismo la longitud, latitud y altitud de sus diferentes puntos) para poder definir *el espacio* realmente ocupado por este objeto; su velocidad debe también entrar en línea de cuenta, o sea, *el tiempo* que necesita para recorrer cierta distancia con relación al que observa.

Así, *el espacio depende del tiempo*, y por eso se dice ahora que el *tiempo* es la cuarta dimensión del espacio, y que el espacio en que se desarrollan nuestros efímeros destinos, tiene cuatro dimensiones y no tres como se creía hasta aquí bajo la fe de los tratados... de Física.

La nueva gravitación.

Acaso la más brillante conquista de Einstein, es la de la gravitación, esa fuerza misteriosa de los cuerpos, que obra sobre los ínfimos átomos y so-

(1) No hay que decir, que se supone una retina perfecta que percibe instantáneamente las impresiones visuales y que sobre ella no permanecerán sino tanto como la luz que las provoca.



Si se dispara un cañonazo desde una torre y al mismo tiempo baja un ascensor con velocidad igual a la de caída del proyectil los observadores creerían ver el proyectil describiendo una trayectoria recta.

bre las monstruosas estrellas cuyas trayectorias rige, haciéndolas describir majestuosas curvas. Los cuerpos son atraídos en su caída, con una velocidad que aumenta 981 centímetros por segundo. Si la gravitación fuese una fuerza análoga a la electricidad, las velocidades que imprimiera a masas diferentes, diferentes serían.

Como en el vacío la aceleración en la caída de los cuerpos de 981 centímetros por segundo, si presenciáramos un caso, desde un ascensor que descendiera con igual velocidad que el cuerpo, este nos parecería que permanecía en reposo.

Imaginemos ahora, que en un punto del Universo en que hay pesantez, en la superficie de la Tierra existe un maravilloso cañón capaz de disparar un proyectil a una velocidad exactamente como la de la luz, y que un rayo luminoso proveniente del fogonazo, sale al mismo tiempo con el proyectil y en la misma dirección. La bala describirá una tra-

yectoria muy tendida por razón de su velocidad ligeramente curvada hacia el suelo, por causa pesantez. Pero si observamos desde el ascensor antes hemos indicado, la trayectoria nos parecerá una recta porque nosotros caemos con igual velocidad que la bala.

La trayectoria descrita por el rayo luminoso acompaña al proyectil, será también para nosotros una línea recta, puesto que nuestro descenso es equivalente a la supresión de la pesantez y como en el vacío y en ausencia de aquellas, la luz se propaga evidentemente en línea recta, cualquiera sea la hipótesis que se haga sobre la naturaleza de la luz, y hasta si, como Newton, se supone que está constituida por partículas ponderales.

El genio de Einstein es como un faro deslumbrador que ilumina algunos de los problemas que atormentaban a la humanidad. Pero ya surgirán otros tras la solución de los actuales.

EL TEMBLOR DEL MIEDO

El temblor debido al miedo, Darwin lo ha explicado diciendo que el hombre, durante muchos siglos, no podía librarse de sus enemigos más que luchando o huyendo; esto causaba ese temblor que se experimenta después de un esfuerzo violento o de una larga carrera, y desde entonces, siempre que el hombre siente miedo, aparece el mismo temblor en virtud de la ley de herencia. Del mismo modo que en los accesos de furor tiende el hombre

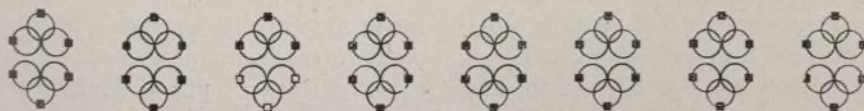
a precipitarse sobre el objeto de sus hiras, cuando la sensación es menos violenta solo aparecen los comienzos de la misma acción, o sea el temblor de los músculos.

Pero según el mismo Darwin, la causa principal que nos hace temblar de miedo es una interrupción en la transmisión de la fuerza nerviosa del sistema cerebro-espinal, debida a la agitación mental.

PÁGINAS CÓMICAS



UNA CALLE DE TOLEDO, por J. de Montero Bosch.



De la antigua Roma

LOS GLADIADORES

Relación de D. ANDRÉS MELLADO

Varias tablas formando cuadrado cierran el recinto puesto al aire libre. Lo más inmundo de la sociedad romana se halla agrupado formando corro y bebiendo. Destácanse en el primer lugar algunos gladiadores que han vencido aquel día en el anfiteatro Flavio (Coloseo). Unos cuantos que acaban de llegar de Capua y que deben combatir al día siguiente, escuchan con entusiasmo las jactancias y relatos de los de Rávena, ya viejos en la ciudad.

* * *

Habla Prisco, uno de los héroes del día.

—Vaya al infierno hoy el vino de Veyes. Ahora sólo debe beberse el Massica de lo caro. Bien lo hemos ganado. Ni ¿qué menos lo hemos de gastar cuando Mamurra, el más bravo de los reciarios de Campania, viene a hacer libaciones con nosotros?

Mamurra.—Se agradece el agasajo, y yo correspondo como debo para celebrar la jornada de esta tarde, de la que algo me han dicho; mas prefiero oírlos contar por vuestros propios labios.

Prisco.—No es la vez primera esta en que el pueblo, harto de ver el desmayo con que unos combaten y el mal garbo con que los otros se hieren, haya pedido que yo y Vero salgamos a la arena. Ninguno de los dos estábamos en los anuncios, y la mañana se había pasado en una lucha de mujeres que, aunque bravas, gritan al caer, se descomponen y dan asco. Luego vino una mojiganga en que pelearon dos docenas de pigmeos, y por más que murieron muchos, dieron que reír. No sabían batallar ni caer airoosamente. Se había amontonado en el espoliario más de cien luchadores, formando motón de carne muerta sin que se hubiera visto nada bueno. Tuvimos el espectáculo de un combate entre dos flotas, y más de quinientos cautivos o condenados a muerte hicieron lo que pudieron. Pocos lograron salvarse y recibir la licencia. Pero la gente aficionada, la que entiende el verdadero mérito, rompió a pedir con estruendo un juego personal entre el buen Vero y yo. Por allí andábamos. Pagaron bien al lanista, nuestro maestro de gladiadores. El Emperador, que accede a todo lo que pide



el pueblo, dió la orden y salimos. Yo no he de decir lo que hice. Las mismas vírgenes Vestales daban gritos de contento y de triunfo al ver lo que sabíamos hacer un hombre cuando tiene corazón y brazo que domina el arte. Que hable Vero.

Vero relata los incidentes de la lucha. Había sido igual, terrible. Quedaron rotas las espadas. Ninguno de los rivales quiso alzar el dedo declarándose vencedor. Los hicieron descansar varias veces, dándoles bebidas confortables. La pelea no terminaba. El pueblo en masa se puso en pie, pidiendo a César que mandara separar a aquellos dos valientes. El César, de repente, mandó a ambos el libelo de libertad y la palma de la victoria. Cien mil personas reunidas en el inmenso anfiteatro prorrumpieron en aclamaciones de aplauso a la piedad y sabiduría de Domiciano.

—¡Que los dioses protejan al gran Emperador! exclama uno, — al sumo, al óptimo dios latino. Él es el padre de los gladiadores, es la deidad de los valientes. Nunca hubo en Roma las fiestas de ahora. Él, por satisfacer al pueblo, le da toda clase de espectáculos; mas para que se vea su divina sabiduría sólo goza con los que saben matar o morir gallardamente. Como nosotros, desprecia a los criminales y a los cautivos. Esos no se pueden poner a nuestro lado. A lo mejor, como el caudillo de los Sarmatas, el otro día, se cruzan de brazos y se dejan despedazar sin cumplir con su obligación. La muerte sin defensa es una cobardía y una estafa a los romanos.

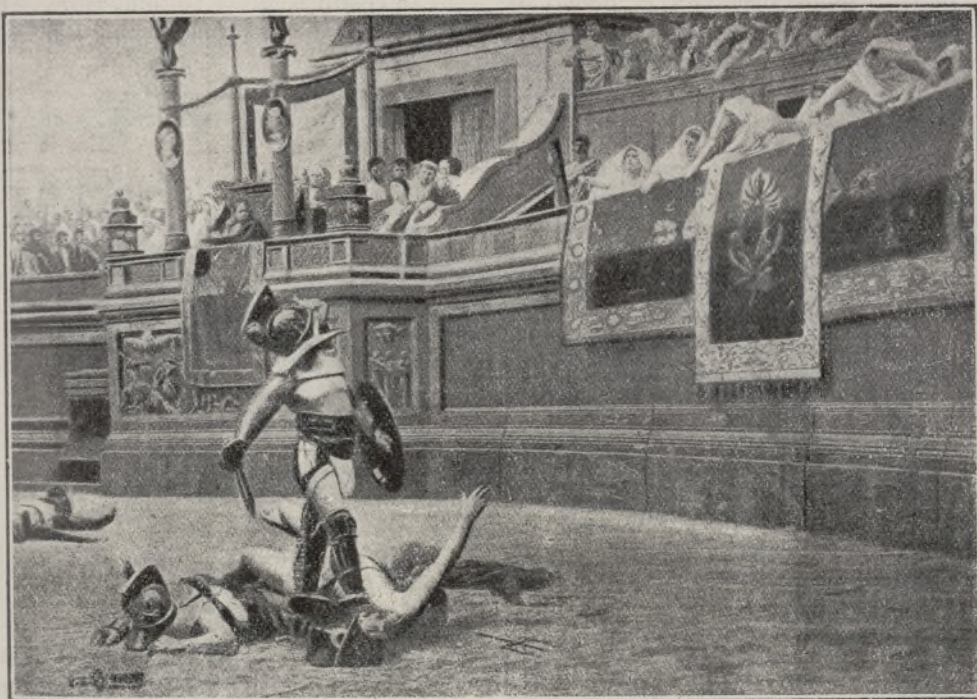
Habla otro.—¡Bah, tú no eres más que uno

Los pobretes que salen al circo con red y tridente en busca de tu pecado! Lo gallardo del oficio nos alcanza a los que manejamos la espada y el escudo, a los de la escuela de César. ¡Qué hermoso es presentarse con el casco azul de alas y cimera roja, con botinas de hierro y los brazos cubiertos de vivo color, dejando sólo al desnudo el pecho robusto para recibir el golpe del hierro contrario! Un pueblo entero te contempla. Los senadores te admiran, los caballeros te envidian. Eso es lo más grande que hay en el mundo.

—¡Viles esclavos!—exclamó un caballero, que

César, que es quien me paga. Aprovecha las horas que te quedan hasta que los garfios te arrastren por el circo y te saquen por la puerta de los muertos

—¡Paz, amigos!—gritó Vero.—El de Capua tiene razón. El gladiador es hijo predilecto de Venus y de Marte. Mantiene en los pechos romanos el ansia de las batallas y el espíritu de la victoria. Los acostumbra a no estremecerse ante la sangre derramada y las carnes palpitantes del enemigo que agoniza, y los enseña a sucumbir, cuando la muerte es inevitable, con arte y majestad sublime. ¡Cuántas veces decidió una campaña contra los bárbaros el ímpe-



Los gladiadores en el Coloseo.

por ciertos amoríos y loca afición se había contratado entre aquella ruin gente.—No toquéis a las clases honradas y ciudadanas. Yo soy un hombre libre y puedo bajar a la arena. Vosotros no podréis jamás subir a la toga.

—Paga una ronda de copas por tu insolencia, mancebo—replicó un gladiador de Capua,—y defiéndete mañana con la espada y el escudo, usando mejor maña de la que tienen tus palabras. Por Cloé la milesia has tirado tu anillo de caballero; yo prometo heredarte el anillo y la cortesana.

—No tienes que esperar a la aurora. Ahora mismo podemos dirimir el litigio, si quieres a puño, si quieres con el hierro—gritó el quirite degenerado.

—¡Imbécil!—dijo el de Capua.—Plutón ya te tira de los pies; pero no he de ayudarle sino delante de

tu de nuestros compañeros! El desprecio hacia nosotros está en las leyes; pero el amor del pueblo sale por encima de todos los mandatos escritos; como que Némesis está en poderío por encima de Temis. Más que una magistratura de la República valen el corazón y el seno perfumado de una hermosa patricia; y ¡cuántas veces han caído ciegas de amor en nuestros nervudos brazos, salpicados aún de la sangre caliente del vencido! Por las Furias, os juro que el mundo es de los valientes, y habrá algún César que llegue a imitarnos hasta que algún Espartaco de los nuestros llegue al imperio y pueda ser Augusto.

(Los maestros y amos de la chusma disuelven a latigazos la reunión y se llevan a los que disputan a sus cubículos.)



El ciclecar puede ser el automóvil barato

Todos los progresos que proporcionan a la humanidad comodidades u otras ventajas, padecen, por lo pronto, de ciertos defectos, entre ellos el de la carestía, poniendo la novedad únicamente al alcance de los poderosos.

Así aconteció con el automóvil, al inventarse.

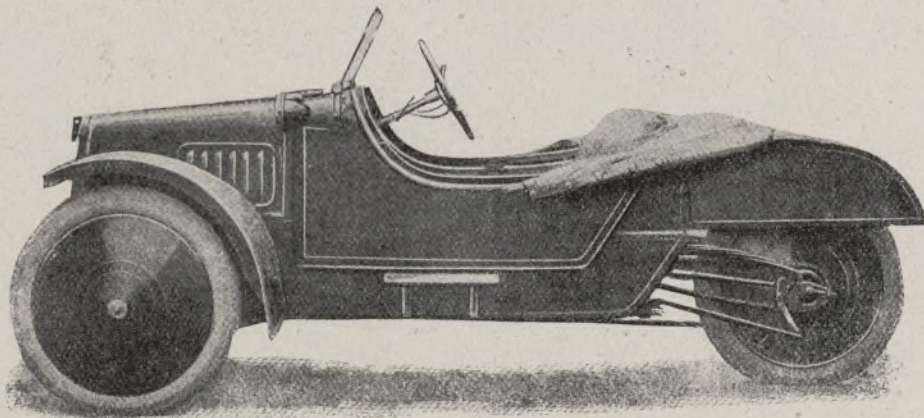
Después, la industria ha ido modificando la construcción, y ha conseguido disminuir el precio de los carruajes que caminan solos.

El que mejor cumple con las condiciones desea-

ballos, muy suficiente para arrastrar este ligero coche, aunque sea en un día de carrera, a 125 kilómetros por hora.

Pero quien puede lo más, puede lo menos, y no hay que pensar sino en la estabilidad de este triángulo casi equilátero que forman las tres ruedas de ciclecar, más completa aún, teniendo presente que está su centro de gravedad muy cerca del suelo.

Es éste un carruaje de extrema sencillez: el motor su par cónico, con un sólo árbol de transmisión



El nuevo automóvil de tres ruedas, mezcla de motocicleta y automóvil, que ofrece grandes ventajas por su baratura. Tiene una sola rueda motriz y alcanza una fuerza de catorce caballos.

das es el *ciclecar*, que ya fué presentado en público hace catorce años.

Tratado como una motocicleta, lleva un sencillo cuadro formado por dos tubos unidos; tiene delante el eje, y detrás la caja de cambios de velocidad, la que sustenta los muelles de suspensión.

El conjunto pesa unos 28 kilogramos, que dejan mucho margen para el resto del vehículo.

Como no tiene más que una rueda motriz, la de atrás, con lo que está suprimido el puente, además de contar con una rueda menos, tenemos, por lo pronto, una bonita economía de peso.

El cambio de velocidad se obtiene mediante dos cadenas acomodadas a piñones diferentes, fijos a cada lado de la rueda. Dos ganchos móviles permiten embragar una a la otra, que dan la velocidad máxima a la izquierda, y la mínima a la derecha.

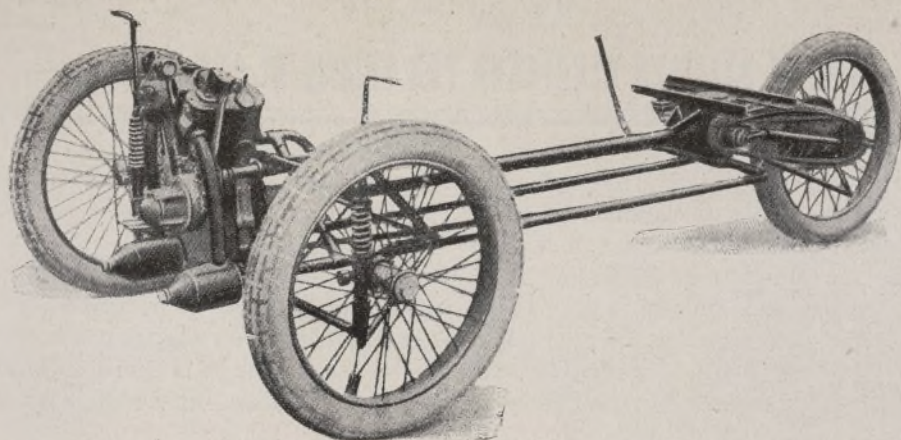
Sobre el eje de delante, soportado por los muelles, va fijo el motor de dos cilindros en V, que se enfrían con agua. Alcanza una potencia de 14 ca-

nada de engranajes, ni de diferencial, ni oculto todo accesible, tanto o más que en una motocicleta en la que el servicio es más modesto.

Un defecto podría señalarse a este *chassis*, que es el de tener que desmontar la rueda trasera siempre que hubieran de cambiarse los neumáticos.

Pero hoy ha desaparecido ese inconveniente. levantar la rueda es operación que apenas dura un minuto. Tres agujas o pernos que se sacan y se vuelven dadas a una llave bastan para que la rueda se desprenda en el acto de las cadenas que la sujetan a los piñones.

El cubo de la misma tiene dos tubos de centrado a los que un muelle antagónico tiende a separar. Sometido a una vuelta de llave, ya no hay resistencia; al contrario, los tubos van a situarse en los huecos de las cadenas laterales, haciendo que todo el peso del coche grave sobre el eje. Dos cadenas que se adaptan a los piñones y al cubo de la rueda elevan a ésta, que después, invirtiendo todas



El presente grabado muestra la forma de estar constituido el chasis del *ciclecar*. El motor está montado en forma de U entre las dos ruedas anteriores.

anteriores operaciones, viene a quedar en su sitio otra vez.

Esta maniobra es sencilla y fácil, más para hecha que para referida. Los tan repetidos piñones van también provistos de frenos que obedecen a un pedal o a una palanca de mano.

Sobre este *chassis* se coloca una carrocería có-

moda, con dos asientos, caperuza y parabrisas; se prolonga aquélla por atrás, cubriendo la rueda de modo que constituya salvabarros. Van bajo la caperuza del auto el motor, y después el radiador y los depósitos de esencia y de aceite.

Tiene este coche, sobre todas sus ventajas, la de economizar el 25 por 100 de neumáticos.

EL HIMNO GUERRERO ALEMAN

Todos los soldados alemanes, al empezar una batalla cantan el siguiente himno, que copiamos traducido literalmente del alemán:

Padre, a Ti te reconozco,
envuelto en la rugiente nube que lanzan los ca-
ñones, tú me la has dado, puedes tomarla;
Conductor de las batallas, a Ti te invoco;
Padre, condúceme.
Padre, condúceme;
condúceme a la victoria, condúceme a la muerte.
Señor, conozco tus mandamientos;
Señor, según tu voluntad condúceme;
Dios te reconozco.
Dios te reconozco.
En las hermosuras del otoño como en el fragor
del combate.
Principio de toda la gracia (misericordia), te re-
Padre, bendíceme; conozco;

Padre, bendíceme;
en tus manos encomiendo mi vida;
tú me la has dado, puedes tomarla;
en vida y muerte, bendíceme;
Padre, yo te alabo.
Padre, yo te alabo;
no combatimos por los bienes de este mundo;
lo más sagrado lo defendemos con la espada;
por ello, cayendo o venciendo, te alabo;
Dios, a Ti me entrego.
Señor, a Ti me entrego;
cuando el trueno de la muerte me salude,
cuando de mis venas escape la sangre;
a Ti, mi Dios, me entrego;
Padre, a Ti te invoco.

UN PASEO EN AEROPLANO POR ENCIMA DE LOS ALPES

Tan pronto como se imaginaron las máquinas voladoras, uno de los primeros empeños del hombre fué dominar y observar las cimas de los Alpes, realizando por el aire la excursión que tantas víctimas ha costado el ser ejecutadas por tierra. La nave aérea descubre los misterios de los montes infranqueables, los permite estudiar, examinar, y el monte, una vez desentrañado su misterio, carece de

consecuencia a la necesidad del aterrizaje en puntos peligrosos y alejados de todo lugar de donde pudieran venir socorros.

Las mismas dificultades de la empresa, hicieron reunir a un grupo de entusiastas, y en breve los aeronautas tuvieron conocimiento por experiencia de las variaciones de la climatología alpestre y aprendieron a maniobrar sobre las altas cimas con



El aeroplano, en su viaje sobre los Alpes, recorre paisajes de rara belleza e investiga los pintorescos rincones del accidentado valle del Chamonix.

valor y ya sólo ofrece atractivo desde el punto de vista de la belleza del paisaje.

Hace unos veinte años, cuando aún no estaba realizado el sueño de la aviación, los deportistas del globo libre iniciaron sus ascensiones de recorrido de los Alpes. La primera experiencia fué hecha por el capitán Spelterini el año 1898. El esfuerzo fué digno de atención. Hay que tener en cuenta las dificultades que en un viaje de este género tenía que vencer, pues las diferencias bruscas de temperatura de los diferentes lugares de la montaña provocaban dilataciones y contracciones repentinas de gas, lo que obliga a pérdidas impensadas de lastre y por

maestría tal, que no se hubo de lamentar ningún accidente trágico.

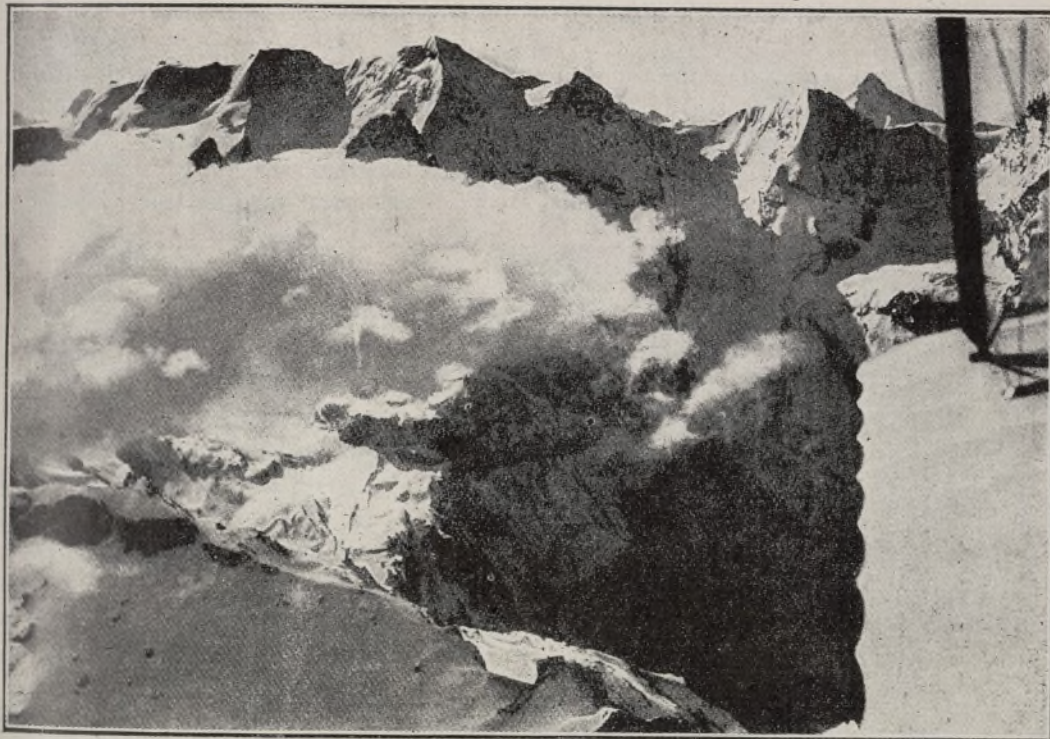
Hoy el avión ha derrotado al globo. Y lo fué posible para éste, es facilísimo para aquél sobre los Alpes se viaja y se pasea, como se puede pasear sobre el menos accidentado paisaje del mundo. Los aviones han recorrido ya todos los valles y gargantas de la cordillera. El trabajo de exploración de la verdad fué iniciado por un centenar de aviones movilizados del ejército suizo los que hubieron de estudiar detalladamente los puntos de aterrizaje posibles en los altos cimas y sobre los glaciares y mas de todo lo que pudieran ser útil para

reconocimientos militares en caso de guerra.

Hoy, aparte de los trabajos de los pilotos militares suizos, efectúan otros los pertenecientes a la Sociedad *Ad Astra*, que tiene a la vez un carácter comercial y patriótico. Estos pilotos se ejercitan en

que mide Suiza de extremo a extremo y puede jactarse de haber contemplado en tan breve espacio de tiempo, lo que antaño sólo podían conseguirse parcialmente en largas y arriesgadas excursiones.

Las fotografías que publicamos muestran las be-



El avión se encuentra a veces suspendido entre la nieve cuajada de las cimas y la nieve en formación de las nubes, y así domina los picos inaccesibles del Montblanc.

servicios postales, toman fotografías que tienen carácter de propaganda, impresionan películas, etcétera. Y como consecuencia de todo ello, resultan que los Alpes recorridos hasta sus más abruptos y difíciles rincones, se ofrecen al curioso viajero que en su viaje de dos horas recorre los 280 kilómetros

llezas del viaje sobre los Alpes. El avión vuela sobre cimas nevadas en los que jamás puso su planta el hombre, pasa sobre gigantescos precipicios, recorre paisajes maravillosos. El hombre pájaro, orgulloso como el águila caudal, es hoy también señor de las cumbres.

UNA COSTUMBRE CURIOSA

Los marineros de gran parte de los puertos del Mediterráneo, y en especial los malteses, celebran el día de Viernes Santo una curiosísima ceremonia: azotar y quemar a Judas Iscariote, el traidor, en efígie, naturalmente. Es una costumbre antigua, que practican así:

Por la mañana temprano cogen un madero y lo visten con un traje viejo de la tripulación, poniéndole una gorra encarnada, de punto, en el

extremo del palo, que hace las veces de cabeza.

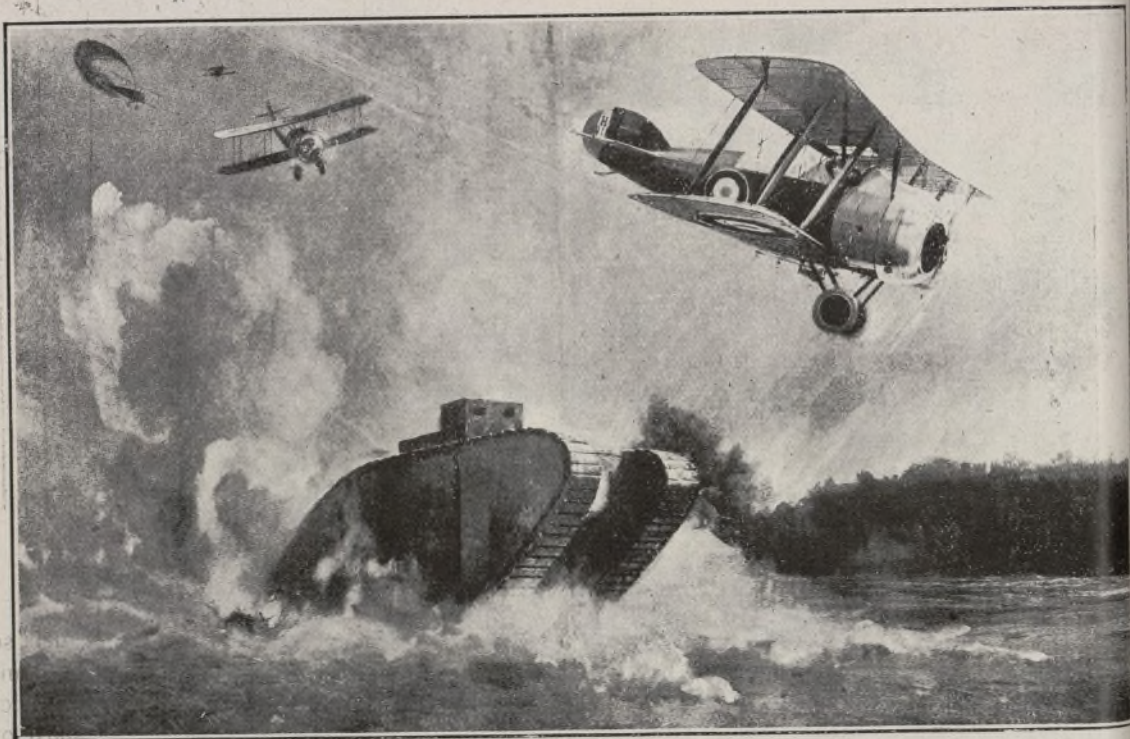
En cuanto está vestido el palo, le rodean los marineros y le insultan, le pegan patadas, le escupen, le azotan y hacen con él una serie de barbaridades. Cuando se hartan lo atan a una cuerda y lo izan hasta lo más alto del palo mayor; luego le bajan y le dan tres buenos chapuzones en el mar. La parte final de la ceremonia consiste en hacer astillas el madero representante de Judas y quemarlo.

Las modernas máquinas de guerra

El general francés Deberney, profesor de la Escuela Superior de Guerra en su país, ha publicado un interesante estudio acerca de la guerra futura teniendo en cuenta los grandes adelantos conseguidos durante la pasada contienda en toda clase de armas y artificios. Reproducimos por su importancia los principales párrafos del citado general que tratan de su visión de lo que será una lucha en el porvenir

Apenas ha terminado la guerra de ayer, cuando ya hay que ir pensando en la guerra de mañana. El espíritu se lanza a concebir cómo será esta guerra, con tanto más ardor, cuanto que se halla entrenado en los grandes esfuerzos de imaginación,

cualquier clase de terreno una velocidad mínima de 20 kilómetros por hora, serán como estancos cerrados herméticamente para atravesar los ríos y desafiar los gases asfixiantes. Estas cualidades excepcionales permitirán que se les pueda organizar



.... Se organizarán grandes unidades provistas de tanques de mando, tanques telegráficos, tanques aprovisionados de esencia; unos llevarán ametralladoras, otros cañones de todos calibres y lanzarán gases y líquidos inflamados.

por cuatro años de una gimnasia intelectual, sobremanera violenta.

El empleo de los tanques

Entre las novedades, naturalmente, los tanques abren la marcha. Ignorados antes de la guerra, no hicieron su aparición hasta 1916, en la batalla del Somme, y dos años después, constituían uno de los principales elementos de la victoria. Orgullosos con justicia de su carrera, afirman un porvenir todavía más brillante.

En efecto, caminarán tan fácilmente por los caminos como a campo traviesa, desarrollarán en

en grandes unidades provistas de tanques de mando, tanques telegráficos, tanques aprovisionados de esencia; unos llevarán ametralladoras, otros cañones de todos calibres, y lanzarán gases y líquidos inflamados.

Habrán también tanques elefantes, que aplastarán las casas, y tanques hormigas, que se deslizan por entre los surcos. La imaginación se inflama por divisiones, ejércitos enteros de tanques, y al mismo tiempo el tanque individual. ¿Quién sabe si nuestros hijos partirán a la guerra embutidos en la armadura heráldica de nuestros más antiguos antepasados?

El papel de los aviones

Más antiguo que el tanque, el avión, se revela mucho más ambicioso todavía: en todo pretende llegar a lo más alto.

Desprecia la tierra, donde otras muchas máquinas le disputan la supremacía, y se reserva un elemento, su elemento para él solo. En su dominio aéreo, el avión pulula: los escasos y pesados aeroplanos del comienzo de la guerra se han convertido en escuadrillas, escuadras y divisiones aéreas, cada día más altas, cada día más rápidas. ¿Quién detendrá al aeroplano en su vuelo? Un obstáculo, uno todavía. Esta tierra, a quien desprecia, se venga de sus desdenes y se le enreda a los pies a la partida, y, sobre todo, le acecha a la vuelta para romperle el espinazo. Pero que el avión se liberte de esta servidumbre, que se haga dueño de su velocidad, que pueda alzarse y aterrizar en línea vertical y ya le tendremos hecho un verdadero pájaro, que podrá alzar el vuelo a su capricho y posarse en cualquier parte. Ya tiene por descontada esta virtuosidad, y entonces, ¡qué porvenir se presenta ante la vista!

Aparatos de dirección le permitirán volar en las sombras y en la niebla, motores muy potentes levantarán cañones y tropas, y entonces, inmensas escuadras surcarán los aires, las precederán exploradores, volando a enorme altura, e irán seguidas de inmensos dirigibles cargados de provisiones, de explosivos y esencia. Es como una armada infernal, que va a desencadenar sobre los ejércitos, sobre las ciudades, un huracán de explosivos, de gases emponzoñados, de fuegos griegos. Quizá algún día un futuro discípulo del Dante evoque este cuadro fulgurante en que los tanques y los aviones no tienen paz a la muerte.

Los gases asfixiantes

No hicieron más que aparecer los gases en la última guerra, y ya se mostraron superiores a los explosivos. Se presentía que si la campaña se hubiera prolongado unos meses, la guerra de los explosivos, como se decía, se habría convertido en la guerra de los gases: la química varía sus efectos.

Es tan sencillo el aprovisionamiento! Basta con un laboratorio y algunas fábricas de colorantes. ¡Y camino abierto a las investigaciones es tan amplio! Habrá gases incoloros, inodoros, condensados en un volumen mínimo; gases solidificados. Se despacharán en tabletas y en píldoras. Sus efectos ya son conocidos: será la ola densa lanzada por algunas cajas y que un viento favorable arras-

trará a distancia de muchos kilómetros. Será la niebla mortal, puesta en el lugar deseado, por el disparo de un cañón o de una ametralladora solapada. Serán zonas de terreno, poblaciones envenenadas durante algunas semanas por un gas condensado en gotitas.

¿Adónde ir? La tierra es peligrosa; un avión puede lanzar una nube de acero; un disparo puede formar de repente una esfera de estricnina. De los zarzales de allá lejos puede desprenderse una invisible ola de muerte. Y el pobre infante camina aplastado bajo una careta enorme, envuelto en una capa impermeable, arrastrando unos zapatos aisladores.

La electricidad

Tales progresos ha hecho la electricidad, que ha de llegar un día en que algunos viejos sabios encuentren medio de captar las ondas eléctricas, de reunir las en haces y multiplicar su potencia en proporciones inauditas, y del alto de una torre Eiffel algún Fausto militarizado lanzará y asestará ondas mortales sobre una ciudad, sobre un ejército, sobre una escuadra. ¿De qué amplitud? ¿Hasta qué distancia? ¿Incendio o electrocución?

Bajo ondas eléctricas, el avión caerá fulminado, el tanque se inflamará, el dreadnought saltará hecho pedazos y los gases se disociarán.

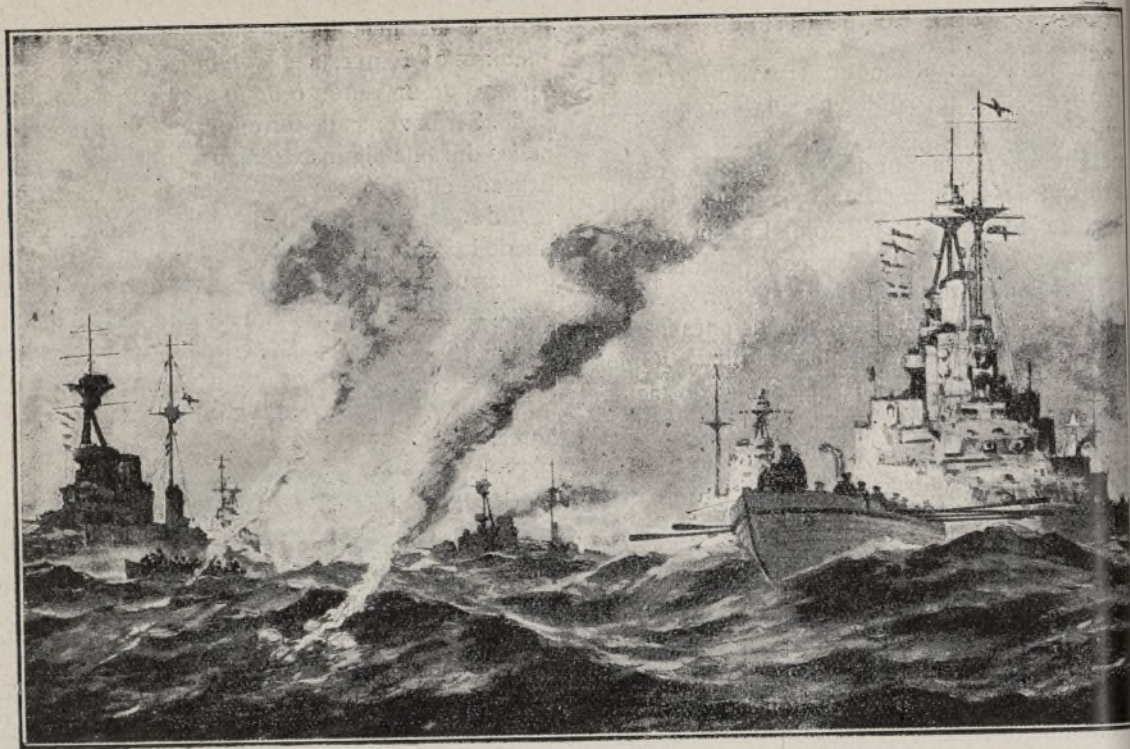
El combatiente del porvenir

Frente a las fuerzas de la Naturaleza, desencadenadas por la muerte, se opone otra fuerza que la vida pone en movimiento. Esta fuerza es la energía humana. Si; ante cada nueva manifestación de violencia, ante cada hecho sorprendente, el hombre ha reaccionado, ha domado el elemento nocivo y ha invertido al punto sus efectos.

Ha atacado el tanque con cañones, ha lanzado minas bajo su cuerpo de oruga, ha cavado a su paso trampas de elefantes, después pondrá al rojo su caparazón de acero o incendiará sus depósitos de carburante.

Contra el avión habrá inventado barreras, no ya las infantiles barreras de explosivos o de balas de antaño, sino barreras de gases ligeros que formen en el aire grandes bolsas emponzoñadas, que maten súbitamente al piloto que las atraviese; bolsas de hidrógeno que el aparato inflamará a su paso; haces de proyectiles que suspendan en el espacio centenares de sutiles cables contra los cuales se romperá la hélice. La atmósfera estará llena de trampas y emboscadas.

A la cabeza de las tropas terrestres irán tanques herméticos con aparatos que, por una reacción



.... Llegará el día en el que algún Fausto militarizado lanzará desde lo alto de una torre ondas mortales sobre un ejército o sobre una escuadra y las ondas harán saltar en pedazos los más potentes acorazados.

química, revelarán la presencia y la naturaleza del gas disimulado, y de esos mismos carros se escapará inmediatamente un gas antagónico al tiempo que regaderas automóviles inundarán el suelo emponzoñado con una lejía líquida.

Y no quedará nada que el hombre no someta su imperio, ni aun las ondas eléctricas, que desahará, protegido tras superficies aisladoras, y con terribles manojos de rayos terminará por disolverse y desviar.

LA LEYENDA INMORTAL

PERFIL DE HIDALGO

Altanero el perfil, pero sin vanas
ni afectadas maneras su altiveza.
Reflejada en los ojos la nobleza
de las viejas llanuras castellanas.

De Flandes en las luchas sobrehumanas
supo probar mil veces su fiereza,
y otras mil su osadía y gentileza
en galantes intrigas cortesanas.

La ancha capa terciada airoosamente,
ladeado el chambergo, alta la frente,
recio el mostacho, altiva la mirada;
el paso retador, firme y derecho;
un medallón cifrado sobre el pecho,
y una cruz en el pomo de la espada.

LA CASTELLANA

Junto a los entreabiertos ventanales
la joven castellana está sentada,
entre la austera calma embalsamada
de los viejos salones ancestrales.

Al pie de las murallas medioevales
lanza un laúd su trova delicada,
recordando quién sabe qué olvidada
leyenda de unas bodas imperiales.

Y en tanto que el laúd le habla de amores,
brillan sus negros ojos soñadores,
enamorados de los hechos grandes;
evocando epopeyas espartanas,
mientras bordan sus manos castellanas
la bandera de un Tercio, para Flandes.

PILAR ZAMORA



CÓMO SE OPERA EN EL CORAZÓN

De algunos años acá, los cirujanos han acometido todas las operaciones cuya ejecución no es absolutamente incompatible con la vida.

No había pues ninguna razón, aparte de las dificultades anatómicas más o menos grandes que es necesario abordar, para que no operasen en el corazón, ya que este órgano es tan sensible y frágil como otro órgano cualquiera.

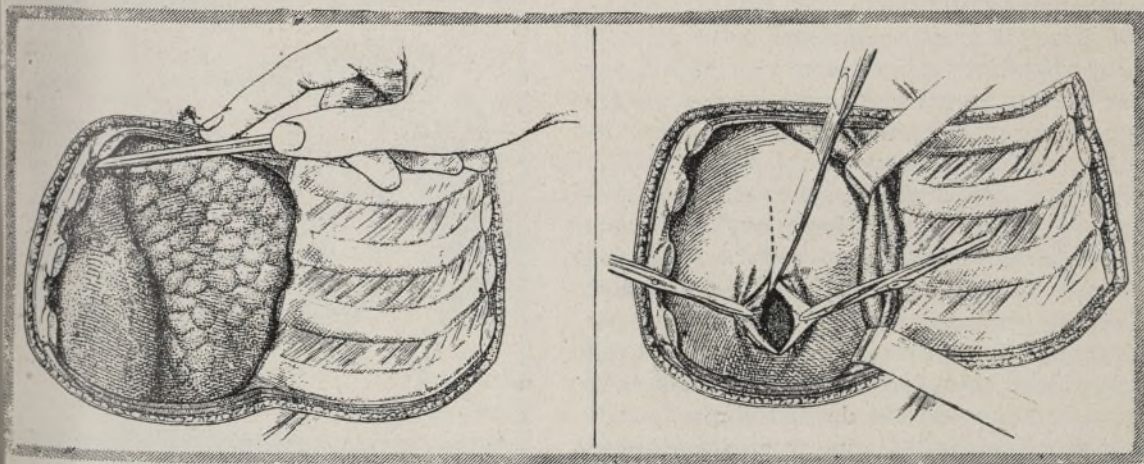
La vitalidad del corazón

No solamente eso, sino que el corazón es un órgano de una vitalidad prodigiosa. Conocida es de

nerviosos secundarios que dirigen el ritmo de sus movimientos. No es, por lo mismo, sorprendente que resista violencias considerables y, que pueda soportar sin decaimiento, maniobras quirúrgicas.

La cirugía del corazón

Por otra parte, es evidente que no se ha sometido a intervenciones nunca, más que para heridas relativamente ligeras. Una herida grave, es fatalmente seguida de muerte. Una herida ancha que abra una de las cavidades del corazón y dé lugar a que la sangre se derrame por los espacios libres que lle-



Para operar en el corazón hay que abrir el pecho, seccionando tres o cuatro costillas. Despegada la pleura, se contempla el pericardio y abierto éste, puede verse el corazón latiendo en el fondo de la herida.

todos la historia de esos corazones de tiburón pescado en plena mar, arrancados del pecho y clavados con un cuchillo en el puente del barco, que continúan latiendo, y por lo tanto vivos, durante un día entero.

No hay órgano con más vida ni más potente que el corazón. El trabajo que rinde, surtiendo incesantemente los vasos, hasta la extremidad de la red capilar, de una ola de sangre roja que lleva consigo la vida, es prodigioso, y si se piensa que, durante una larga existencia, este corazón no se para jamás, que late cien mil veces cada día y mil millones de veces en treinta años, queda uno confundido ante su potencia y su energía.

Está sometido, como todos los órganos del cuerpo humano, a la dirección general del sistema nervioso; pero posee también una especie de vida personal. Encierra en sus paredes ganglios, centros

nan el pecho, entraña una muerte rápida y a veces instantánea. No se trata, pues, sino de las heridas pequeñas, como las que pueden causar la punta de un cuchillo, de una bayoneta, y aun de esas balas de pequeño calibre que cuando no llevan demasiada velocidad determinan fenómenos de desgarramiento de tejidos, dejando tras sí, un agujero de algunos milímetros, que puede a veces, hasta cerrarse espontáneamente.

Compréndese que una bala al fin de su curso o un pequeño casco de metralla, puedan detenerse en las paredes del corazón, que tienen hasta dos centímetros de espesor, al nivel del ventrículo izquierdo, y aun atravesarlas, para caer en una de las cavidades interiores, de donde se pueda extraer.

La guerra europea constituyó un formidable campo de experiencias, habiendo en el curso de ella ocasiones numerosas de hacer esas curas, casi

siempre en heridas producidas por arma de fuego.

Los casos en que el cirujano ha tenido que extraer el proyectil de la pared del corazón o de una de las cavidades cardíacas, no fueron muy raros; pudiéndose afirmar que la cirugía del corazón es hoy cosa tan corriente como la de otros órganos.

Operación emocionante

Esta cirugía del corazón, es emocionante y difícil. Hay, para todo cirujano, sea el que fuere, y tenga la energía moral y temple de carácter que se quiera, cierta emoción, siempre que va a emprender una operación grave que puede terminar por la muerte del enfermo en la mesa de operaciones, cuando se practica por vez primera.

En principio, estas operaciones en el corazón, son sencillas. No lo son siempre en realidad, por razón de las consecuencias accesorias que pueden complicarlas: síncope, trastornos respiratorios, lesiones de órganos contiguos etc.

Cuando se supone una herida en el corazón y es a veces muy difícil y hasta imposible reconocerla con exactitud, es necesario ante todo ir a buscarla poniendo el corazón al descubierto. Está a bastante profundidad colocado en el pecho, protegido por el esternón y por el enverjado costal, bajo los que se encuentra a la izquierda de la línea media. Está encerrado en una especie de saco fibroso forrado por una membrana lisa, una de esas membranas serosas que permiten el deslizamiento de los órganos móviles; es el pericardio, cavidad que en caso de herida del corazón, puede alojar bastante cantidad de sangre. A cada lado del pericardio y llegando a tocarse por delante de él y debajo del esternón, hay otras dos membranas serosas de la misma naturaleza; son las pleuras, destinadas a facilitar el movimiento del pulmón, formando por cada lado del pericardio, grandes cavidades de las que cada una se extiende a toda la mitad del pecho. Estas membranas sutiles y frágiles, son frecuentemente interesadas por las heridas.

Si ambas pleuras se abren y se llenan de aire, constituyen un obstáculo muy grave para el juego de los pulmones y pueden producirse accidentes que sean rápidamente mortales.

La apertura de una pleura, la izquierda casi siempre, es mucho menos grave. El pulmón derecho es suficiente para la respiración y en muchos casos la apertura de la pleura puede estimarse beneficiosa, por las facilidades operatorias que rinde.

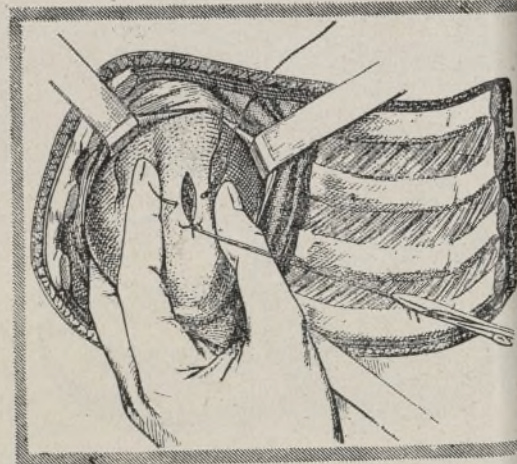
Como se abre el pecho

Pero ante todo, para llegar a las pleuras y al pericardio, es preciso abrir bien el pecho. En esta clase de operación en que son contados los minutos de que se dispone, hay que ver lo que se ha de hacer.

Es lo mejor, practicar en la región del corazón una ventana amplia, de unos doce a quince centímetros, comprendiendo, en general, de tres a cuatro costillas, con los espacios musculares que las separan.

Cuando no se tiene indicación ninguna particular respecto a la situación de la herida, y puede darse, lo mejor es la ventana de visagra externa.

Se traza una incisión en V, se cortan los cartílagos costales a lo largo del esternón, se levanta la ventana por su borde interno y aplicando bajo



Es operación emocionante el coger con la mano el corazón que con sus contracciones parece querer escapar de los dedos. Hay que operar rápidamente porque una menor complicación acarreará la muerte del herido.

los dedos de la mano izquierda, se trata de desgarrar la pleura que se adhiere a la pared y que puede ser desgarrada en el curso de la maniobra. Después se fracturan o seccionan las costillas al nivel de la base de la ventana, que estará entonces de parte a parte. Abierto así el pecho, nada ya tan sencillo como contemplar el pericardio recubierto por la pleura izquierda, la cual generalmente es bastante fácil de separar si no se ha desgarrado al levantar la ventana, que así es lo más conveniente; pero si está rasgada o herida, lo mejor es abrirla para aprovechar lo bien que así se descubre el pericardio, sobre el que se la deja caer.

Como el pericardio es el que encierra el corazón, en todos los casos hay que abrirlo y despojarlo de los cuajarones de sangre que lo cubren; se ve el corazón directamente, latir en el fondo de la herida.

pectáculo nuevo que hace estremecer al cirujano más habituado a grandes operaciones. No hay que perder ni un segundo para buscar la herida, que puede ser fácil de encontrar a primera vista en la cara anterior, y hasta puede ocurrir que se le vea arrojar a cada contracción un golpe de sangre roja si viene del ventrículo izquierdo o negra si es del derecho.

Pero puede la herida hallarse a los lados o en la cara posterior del corazón, lo que exige cogerlo y atraerlo hacia afuera, sintiendo como despide la mano que lo apresa, con sus violentos latidos.

Reconocida la herida, hay que obliterarla, lo que siempre dificulta el movimiento del corazón; sin embargo, como estas heridas son pequeñas, porque las grandes son mortales; inmediatamente, basta con pasar dos tres hilos mediante la aguja muy curvada interesando casi toda la pared cardiaca, sin atravesarla por completo, lo suficiente para asegurar el cierre de la herida y detener la hemorragia.

La rapidez y perfección de esta sutura dependen, como todas las cosas, de la habilidad del cirujano, de su calma, de su sangre fría en las circunstancias críticas, y también de la excelencia de los instrumentos de que se dispone. Pues aquí, como en todas las aplicaciones de la cirugía, y aún más que en todas las demás, la facilidad y por tanto el resultado de las curas, depende en mucho de la perfección del instrumental.

Una vez cerrada la herida y limpio el pericardio, se le cierra con cuidado con puntos de sutura, sin dejar ningún drenaje, que tiene más inconvenientes que ventajas; favorece la infección de la materia muerta, y está universalmente reconocido que hay que salvar ese riesgo lo mejor posible.

Si la pleura ha sido abierta, se la trata lo mismo, limpiándola de la sangre que pueda contener, y a menos que no esté ya en plena infección, lo que es raro porque no había habido tiempo de producirse, se la cierra herméticamente.

Después, se abate el postigo torácico, que se sutura con cuidado y la operación queda terminada.

La extracción de un proyectil

Si la operación consiste en la extracción de un proyectil, los primeros tiempos de la operación son los mismos que antes se han dicho: apertura de una incisión torácica, separación de la pleura, sección del pericardio... Cuando ya se tiene el corazón en la mano, vivo, sin cesar de latir con energía hay que sacar el cuerpo extraño de modo que se coja entre los dedos. Si es algo voluminoso, esto es fácil; si es pequeño y está perdido entre las paredes

del corazón y en particular si es en la del ventrículo izquierdo, puede ser muy difícil de notar. Entonces, la radioscopia en el curso de la operación, el empleo del electro-vibrador de Begousé, instrumento maravilloso, uno de los más originales que han sido creados durante la guerra, que determina sobre los cuerpos metálicos perdidos en los tejidos, vibraciones perceptibles a los dedos, conduciéndolos al metal vibrante; la exploración del tejido cardiaco con una aguja que viene a caer sobre el proyectil, y otros medios inspirados por la fuerza de las circunstancias, permiten en general reconocer el cuerpo extraño y poder cogerle entre los dedos.

Si está perdido en el espesor de la pared, puede ser fácilmente extraído por una pequeña incisión, sin llegar a la cavidad ventricular y sin hemorragia. Pero si se encuentra en libertad dentro de una cavidad del corazón como se ha visto a veces, la operación es más delicada. Hace falta entonces incidir el corazón sobre el proyectil tenido entre los dedos, cosa que no es siempre fácil, penetrar en la cavidad, con riesgo de una grave hemorragia, coger el proyectil con una pinza cuando es insuficiente la presión de los dedos para prenderlo y extraerlo, entretanto que la sangre fluye y a veces salta. Luego hay que suturar la herida que acaba de hacerse, como se suturan las producidas por accidente.

Compréndase cuan difícil es esta cirugía, llena de peripecias angustiosas, que pueden dar un excelente resultado y también concluir en catástrofe.

Los éxitos obtenidos por intervenciones atrevidas, son verdaderamente magníficos, y si nos fijamos de las estadísticas, parece que la proporción de las curaciones alcanzadas calculado sobre centenares de casos, es de un cuarenta por ciento. Cifra admirable si se tiene presente que se trata de heridos arrancados a una muerte cierta.



LA VENDA DE CUPIDO

José María de Acosta ha publicado un nuevo libro interesante, como todos los suyos. Ofrecemos a nuestros lectores la siguiente novelita, por la que puede apreciarse la belleza de las que componen

:: :: "La Venda de Cupido". :: ::

Ante el escaparate de una joyería de la calle de la Montera, más arriba de la iglesia de San Luis, Alicia contemplaba con deleite las magníficas joyas expuestas, una millonada en gemas de diversas coloraciones! Los collares de perlas y los *pendentifs* de diminutas puntas de brillantes, delicadas obras de orfebería, atraían preferentemente sus miradas. Sus ojos no se saciaban, extasiados, de posarse una a una sobre todas aquellas maravillosas preseas. ¡Qué oriente tan fino el de aquella perla! ¡Qué luz tan clara la de aquel brillante! De pronto, vió reflejarse, en la luna del escaparate, el rostro sonriente de su marido.

—Pero, *Licita*, ¿Hasta cuándo va a durar este juego?

Ella, volviéndose adusta, dijo con enojo:

—Caballero, ruégole que no continúe siguiéndome: soy casada y podría comprometerme.

—Mi mujer—pensó él—está bien instruída de frases de cajón en estos casos.

Otra vez, ella, redoblando la velocidad de marcha, volvía a tomarle delantera.

—Pues nada, no va a haber más remedio que conquistarla con todo el ritual preconizado por estos casos—continuó reflexionando él.

La vió entrar en un establecimiento de perfum



—*Licita, Licita*—murmuró éste a su lado.

Pero ella, sin volver la cabeza, empezó a andar apresurada hacia la Red de San Luis, y como notase que su consorte la seguía, cruzó con menudos y acelerados pasos la vía pública y pasó a la acera de enfrente. Rafael la alcanzó apoco.

—¡*Licita!*

Alicia continuó caminando imperturbable, como si no fuese a ella.

—Pero *Licita*...

Entonces la joven, sin volver casi la cabeza, pronunció muy seria:

—Caballero, debe usted haberse confundido.

El, soltando una debil carcajada, exclamó:

—¡Confundido, tiene gracia!

Mas ya ella, apretando el paso, se había escabullido por entre los transeúntes que venían por la angosta acera, en dirección contraria.

Esquina a la calle de Caballero de Gracia tornó a darle alcance.

ría de la calle de Peligros y se puso a pasear delante de él.

—Está gracioso, Rafaelito—se decía—, a tus espaldas haciendo el calavera, y para conquistar a tu mujer tra

Alicia tardaba en salir, y su esposo seguía riéndose, haciendo el calavera, y para conquistar a tu mujer tra

cientemente paseando la calle, como un cadete, mandando a su mujer a la rúa. Volvisting

fin, la vió abrir la puerta y tornar a la rúa. Volvisting emparejarse con ella.

—Mira, *Licita*, bastante he hecho ya el oso... abien

—Caballero, vuelvo a decirle que soy casada... el Ba

—¡Ya lo sé!

—¡Me gusta la frescura!... Usted está confundido, me ha tomado por otra...

—¡Dale, confundido! Tú eres mi *Licita*, la mentab

más encantadora y sugestiva que existe sobre o, sus

vil planeta.

—Supóngase la cara que pondría su señora, o. En

que usted debe ser casado, si le oyese requebrar punt

de ese modo.

—¡Deje usted a mi mujer que rabie!—dijo él, bisti



volviendo la chirigota—. Pocas ganitas que tengo de serle infiel.

Ella le lanzó una mirada asesina.

—¡Es tan enfadosa mi mujer! ¡Insoportable! ¡Y con cada capricho más raro! ¡Inaguantable por completo!—prosiguió Rafael, recargando la mano, para que viniese con bromitas!—. Tenga compasión de mí y no me la nombre. En recordando a mi mujer se me agua la fiesta. ¡Ah, si usted quisiera hacérmela olvidar! Si usted hiciese la caridad de indulgar las horas que ella acibara...

—Todos los casados son ustedes iguales. Si no sabe cambiar de disco, tiene poco chiste para que yo le haga olvidar a nadie—manifestó Alicia, un poco picada.

—Si usted la conociese me daría la razón.

—¿Es hermosa?

—Regularcilla, una medianía, ni agua ni pescado; su cara quizá no sea fea, pero a mí nada me dice... ¡Es tan insulsa! ¡En cambio usted! ¡Usted sí que es una preciosidad! ¡Usted sí que inspira cosas! Una señora que quita el hipo! Por una mujer como usted, daría yo al demonio el alma... el alma de mi suegra, si es que la tiene.

Ella pensó: «¡Malvado, ya me las pagarás!», y volvió a apretar el paso. Cruzó la calle de Alcalá.

En un tranvía y varios coches y automóviles, interponiéndose, impidieron a Rafael cruzar detrás de ella.

Cuando el arroyo medio se despejó de vehículos, distinguió por la espalda la figura airosa y gentil de su esposa, que marchaba por la calle de Sevilla,

habiendo rebasado ya la valla que rodea las obras del Banco de Bilbao. Los hombres se volvían para mirarla después que había pasado y algunos, de sereno, le dirían cada cosa... Este pensamiento hizo que cruzase corriendo la calle; el turco que se apoyaba en su interior izquierda, reclamó, imperiosamente, sus prerrogativas de varón celoso y anuló por unos instantes su escepticismo de hombre mundano.

En su carrera, con la vista fija en Alicia, estuvo a punto de ser atropellado por un *auto*, de esos que van por el centro de la población a ciento por hora, y embistió a una vieja, medio derribó a un niño y,

por último, dió un soberano pisotón a una moza de rompe y rasga.

—¿Dónde lleva usted los ojos, hijo?—gritó, agresiva, la chula.

—Usted perdone—se excusó el pisador.

Pero ella, jacarera, continuó increpándole:

—Parece usted un *amoloar*, por lo desarrollados que tiene los *pinreles* y por lo que amuela.

Rafael no le hacía caso ni quitaba ojo a su mujer, que en aquel momento cruzaba por entre la concurrencia a esa bolsa de contratación del trabajo taurómico, que a tales horas se establece frente al café Inglés. ¡Qué cosas tendría que oír de aquellos bárbaros coletudos! Esquina al callejón de Arlaban, un «torerazo» con pinta de «maleta» de invierno, quitóse un enorme puro de la boca, escupió, ladeó su sombrero de alas anchas y debió decirle algún piropo atrevido, pues los que con él formaban corro rieron estrepitosamente mirando a Alicia. Rafael salió disparado como una exhalación. Un perro le ladró. Pasó junto al desaprovechado discípulo de Montes, requebrador de su mujer, y tuvo que reprimir un fortísimo impulso de abofetearlo. En la plaza de Canalejas logró, con la lengua fuera, ponerse al lado de ella: ¡parecía mentira, cómo le cundían a su *Licita* aquellos pasos tan menuditos!

—Oiga, bella desdeñosa, por favor, ¡que corre usted más que el tío de la lista!

Ella se paró en seco, y, volviéndose rápida, se le quedó mirando fijamente.

—¿Se puede saber, caballero, qué es lo que desea usted?

—Una mirada dulce de esos ojos gachones, una sonrisa de esa boquita de clavel...

—Usted se ha equivocado. Yo soy una señora.

—¡Conformes!

—¡Qué desfachatez! ¡Hágame el favor de no insistir en esta persecución impertinente!—replicó ella con acritud.

—Es usted más impenetrable que la plataforma de un tranvía.

Esta salida le hizo a ella desarrugar algo el ceño.

—Pues vaya en el estribo—contestó.

—En el estribo y en el tope viajaría yo con tal de ir viendo esa cara de gloria, porque es usted una mujer que da el opio—expresó entusiasmadamente, derretido y acaramelado—; mas, como este comercio está prohibido, voy a denunciarla a la autoridad...

—¡Huy, qué miedo!—interrumpió Alicia con chunga.

—... A no ser que me prometa dármele a mi solito...

—¡Es usted un ansioso!

—Si usted accede, princesa, en suministrar esa droga exclusivamente a mi personita, me voy a sentir transportado al séptimo cielo...

—¿Hay ascensor?

—¡Le hay!

—Es que si no, se iba a cansar mucho en la subida.

—Agradezco el interés, preciosa, y para corresponder a él, tengo el gusto de invitarla a dar un paseito en coche, y si después me hiciese la merced de aceptar que comiésemos juntos en cualquier *restaurant*, me haría el más dichoso de los mortales que tienen cédula.

—Pero ¿es que estoy ya conquistada?

—Conquistada completamente, *vidita* mía—aseguró Rafael, con un dejo burlón, cogiéndola del brazo.

Ella se rió de buen grado.

—Me parece pronto—dijo.

—Pues ha sido una conquista nada fácil.

—¿Y no pensará usted mal de mí si consiento en que tomemos el coche?

—A su lado no se piensa, se siente. Además, tomar un coche de punto podrá ser una acción heroica, pero no punible.

—Si es así...

—Mira, *Licita*, ya estás conquistada, dejemos la farsa.

—Pues si esto es todo, realmente no merecía la pena: tiene pocos alicientes la aventura.

—Pero, tú, ¿qué te habías figurado? ¡Qué imaginación la tuya, hijita!—y continuó, aprovechando la ocasión para moralizar un poco—. En esto no hay más que el fugaz deseo que despierta a su paso una mujer bien formada y de cara bonita, de quien, por otra parte, se ignora hasta si habla o ladra. Pero este desconocimiento es precisamente le único incentivo que tiene la aventura. Por parte de ellos hay un verborrea insubstancial, un discursito bien aprendido para el caso y repetido una y otra vez, con elocuencia ensayada ante el espejo, y que, según los temperamentos, es castillo de fuegos de artificio, sucesión de fuegos fatuos o ristra de timitos achulapados, pronunciados con donaire jacarando de mozo *crúo*... Estas son todas las irresistibles armas del seductor. No busques espiritualidad, sentimientos nobles, madrigales versallescos ni conceptos profundos y alquitarados. No hacen falta tampoco: la que se deja conquistar en uno de estos casuales y momentáneos encuentros, es porque previamente, antes de salir de casa, había tomado la firme resolución de rendir su recato al primero que le dijese: «¡Por ahí te pudras!» Son plazas que, si alguna vez fueron fuertes, están ya hace tiempo desartilladas y por completo desmanteladas... Así es

que en cuanto oyen que les dicen: «¡Mi madre, usted el Banco del Río de la Plata con medias, columnas!», contestan: «¡Desciende usted más que el *Metro*, pollo!» Todo, como ves, de un anticismo de una espiritualidad y de un sentimentalismo entados...

Así, departiendo amigablemente, llegaron a Puerta del Sol.

—Bien, señor sermoneador, me doy ya por conquistada, ¡agradece mi generosidad! Mas veamos ahora si la segunda parte de la aventura es más vertida que la primera. No te salgas del programa trazado; yo soy tu presunta víctima, ¡jarrástrame precipicio!—expresó jovialmente la joven.

Rafael hizo señas al auriga de un desvencijado mán desalquilado, que a la sazón pasaba cerca ellos, y una vez que Alicia se hubo acomodado su interior, a tiempo de subir él, ordenó al autor donde:

—¡Cochero, a la Bombilla!

Y tomando asiento junto a su mujer, le dijo:

—No te quejarás; me parece que te llevo a sitio castizo de veras.

El coche empezó a rodar con horrisono estruendo; crujían las tablas del piso, crujían los costales de la caja, crujía la trasera, parecía como si cada parte fuese a desensamblarse y salir por su lado; ellos se encontrasen de pronto sentados bizamente sobre el pavimento de la calle. ¡Los carruajes de punto madrileños reservan cada sorpresa!

Alicia dijo a su marido:

—¿No corres las cortinillas? Me parece que es obligado en nuestro caso. Yo, a lo menos, espero que he visto cruzar un simón con las cortinillas echadas, he pensado: «Es la aventura que pasa».

—Bien, como quieras; hace un día tan espagado... Pero las correremos; todo se reduce a más propina al cochero...

—¿Más propina?

—¡Claro! Al cochero le hacemos complicado nuestra felicidad, de nuestro impudor o de lo que tú quieras llamarle, y esta complicidad hay que pagarla, *vidita*.

—Las cortinillas me figuro que se correrán recatar a la dama de miradas indiscretas y curiosa y para ponerla a cubierto del peligro de ser conocida.

—Estás en un error, *Licita*. Si acaso se corre por esta causa, no es por la dama, sino por el galán que es quien, en la mayoría de los casos, tiene que perder y teme ser visto. Es la necesidad de poner un biombo entre el público de la calle y las maniobras que no sería muy decoroso hacer a la vista de todos, lo que obliga a echarlas... Alicia, que, como estás conquistada y has querido que nos aislemos de los transeúntes, tienes que atenerme a las consecuencias...

El coche, al tardo y perezoso paso del jamón que lo arrastraba, iba dando tumbos por la calle de San Vicente, como navío desarbolado y sin gobierno que, a merced de los elementos, brincaba la cresta de una ola a la de otra. ¡Qué bien ha do este símil «navo-terrestre»! Dentro, Cupido agababa sus alas por temor de rompérselas en estos violentos vaivenes.



CIRO BAYO

LAZARILLO ESPAÑOL

(Continuación.)

No quise entrar en tan famosa ciudad de tan mala fama, y, como quiera que a ella llegué por la *Puerta de Córdoba*, seguí el cinto murado, hasta encontrar Las Delicias y el Guadalquivir. ¡Qué río! ¡Tan cambiado le vi, que no lo conocía! No era el Guadalquivir desierto, deslizándose bajo un fantasmón de puente, como en Córdoba; ni el olivífero Betis, gufa de mi camino, de plateada banda y orillas esmaltadas de jaras y cañaverales; sino un río majestuoso, hinchado por la marea, lleno de buques anclados en la corriente o amarrados a los muelles que señorea el poliedro almenado de la Torre del Oro. Siguiendo el andén de la izquierda orilla, lle- an espugué al famoso puente de Triana, bajo cuya arcada aseé cuanto pude mi persona, y como, gracias a las pesetas arzobispales y a las ollas del olivar, venía rico y brioso, subí luego la rampa, con varonil de- de lo nuevo y me planté en Sevilla.

Casi en el arranque del puente, en el trozo de la orilla frontera a la Cartuja, vi unos tenderetes al aire libre, donde unos barberillos rapaban el pelo o descañonaban las barbas a algunos prójimos pa- cientes. Me acerqué; pregunté cuánto cobraban por servicio y dijéronme que a diez céntimos cada uno.

—¿Quiere *osté* servirse *cabayero*?—dijome uno de los figaros que estaba ocioso.

—¿Quién no se pela y escamonda por veinte céntimos, y más oyendo que le toman por *cabayero*? Me senté en la silla de cara a la ciudad, y el barberillo trianero la tomó con mi cabeza. Me esquiló bonitamente y en seguida puso mis barbas en re- del jamojo.

Como yo de natural soy enteco de cara, y en aquella ocasión la tenía chupada por el ayuno y la intemperie, el barbero, que no veía sino huesos y redondeadas desde la frente a la jeta, se creyó en el caso de meterme una nuez en la boca antes de ra- turarme. «Cada maestrillo tiene su librito», me dije

para mis adentros; ya que mi barberillo necesita de este requilorio para el éxito de su operación, pasa- ré por ello. Y me quedé espatarrado e inmóvil, con la cara enjabonada hasta las cejas y el buque infla- do como un mono, esperando las caricias de la na- vaja.

La cual, lúcida y afilada, no tardó en ponerse en contacto con mi cutis. Si el corte del pelo fué una esquilada, la afeitada fué desolladura. No podía protestar, porque la nuez no me dejaba hablar; tam- poco podía levantarme, porque con una mejilla afeitada y la otra no, me tomarían por un payaso.

Tragando quina y haciendo mil muecas y contor- siones, aguanté la operación, dándome por satisfe- cho con que el rapabarbas no me hubiese degolla- do o cortado la yugular. Una rociada de agua de la bacía, en la que escupí la nuez, y un pegote de polvos lo arreglaron todo, y con esto salí de las manos del trianero.

Le pregunté dónde se comía barato, y como me dijese que en las tabernas de Triana, atravesé el puente, y en una cantina del mercado hice por la vida.

No me entretuve en el barrio porque toda mi ob- sesión era ver Sevilla. Ahora, que estaba limpio, acicalado y ahito, bien podía hacerlo.

Volví a pasar el puente, viendo a la derecha los veleros y vapores, y a la izquierda, las chimeneas de la fábrica de loza. Y al frente, la Giralda. Por ella me guié, y me colé en la ciudad.

El nombre de Sevilla, aun para los españoles que no son andaluces, va asociado al ritmo lánguido y cadencioso de guitarra y castañuelas, a la exhibi- ción de tipos de hombres de cara limpia, sombrero ancho, y capa terciada, o de mujeres de saya corta y mantilla, con rosas ardientes en los negros cabe- llos y sonriendo maliciosamente a través del abanico. Algo de eso hay y se trasluce; pero no es el

color único de Sevilla; lo que llama la atención es la suprema elegancia en cuanto allí se ve, el encanto de sus casas blancas o pintadas con colores claros, las más deliciosas moradas que apetecerse pueden en un país del sol; el esplendor de sus monumentos, que en otro clima aparecerían vetustos y mohosos, como sombras heroicas, y aquí, al sol andaluz, aparecen más ricos de color y más iluminados, como si no hubieran pasado siglos por ellos.

Esta aureola escultural, heroica y romanesca, que persiste triunfante y con energía plástica en medio de una cosmópolis moderna, es la impresión más honda que el peregrino lleva de Sevilla. Aquí no se sueña; se vive, se siente todo el *pathos* meridional. Sevilla es Córdoba, que evolucionó y ha seguido prosperando después de la partida de los moros. Los demás accidentes regionales son terribles; participan del sol de la tierra y del temperamento andaluz y son tan de Sevilla como de las otras capitales andaluzas.

En dos días me di maña para ver lo más saliente.

Pagué mi pesetilla, como un señor, por ver el Alcázar, y me senté en las gradas de la Lonja, esperando lo que ya pasó para no volver: los pregones de mercaderías, plata labrada y esclavos de las Indias, que en aquel lugar se vendían a grito herido en pública almoneda.

Pasé a la catedral y di la razón a los señores prebendados que al firmar el auto o escritura para la erección de la fábrica, dijeron: *Fagamos una iglesia para los que de por venir nos tengan por locos.*

Luego trepé a la Giralda y no paré hasta donde estaban las campanas, que por cierto andaban locas tocando a vísperas de alguna fiesta. Allí vi al Cuasimodo dando volteretas colgado a la cuerda, volando una de aquéllas. Cuando acabó, nos asomamos juntos a ver el admirable panorama que desde allí se descubre. A instancia mía el campanero me fué explicando la topografía de Sevilla, y cuando acabó díjome señalando al pie de la torre:

—Buen salto, ¿eh?

Lo dijo en tal tono, que yo me turbé pensando si aquel hombre quería precipitarme abajo en un arrebatado de locura. Acordéme de aquello que cuenta Cervantes, de cómo el Emperador Carlos I estuvo en la *Rotonda*, en un tris de dar la voltereta a manos de un cortesano loco que le acompañaba.

—¡Sí, un salto mortal!—contesté al campanero, con risa de conejo.

—¡Noventa y cinco metros hay hasta abajo!—respondió con mucha flema—. Pues vea, amigo, lo que son las cosas: yo conozco uno que dió ese salto y no se mató.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Toda Sevilla lo sabe. Fué un chicuelo que, al voltear una de estas campanas, faltaron los pies y salió al espacio despedido con una pelota. A este momento pasaba una procesión con música a la vera de la torre, y como el chico conservó el aliento, tuvo la suerte de caer sobre el bombo, sin más consecuencias que el batacazo y el susto de los portantes, que creyeron les había caído un bolido encima.

—Y como te lo contaron me lo cuentas—añadió a guisa de comentario.

—No, señor; porque aquel chico soy yo, que vivo para contarlo; y la verdad es que en tal ocasión hará un año se reza una misa en la catedral en su memoria.

Felicité a mi narrador y le deseé muchos años más de vida para que pudiera contar el milagro.

...

Estos tesoros arquitectónicos están tan juntos como dientes de una piña; pero se necesita mucho tiempo para verlos. De ahí que fueran mis visiones repetidas y tan minuciosas, que aunque he vuelto a Sevilla posteriormente con billete kilométrico y billetes de Banco en la cartera, ninguna estadía me fué más provechosa que aquélla.

Al pobre peregrino le pasa lo que al estudiante pobre, el cual estudia y aprende más que el rico: la lentitud de la marcha, la soledad del camino que penetran al peregrinante con el medio ambiente que ha de tener a fruir en paisajes clásicos; sorprende el pie de los monumentos de piedra, el secreto movimiento villosos de la eurytmia; se empapa de emanaciones apolíneas y dionisiacas. Cualquier otro modo de arribar un peregrino a una ciudad santa—y Sevilla es por sus monumentos, como Toledo, Burgos, Córdoba y Granada—es hacerlo sin consagración pietista y poética. «Querer ir a Grecia—escribir Hauptmann, y yo lo aplico a mi cuento—, que ir a ella en ferrocarril o en vapor parece casi absurdo como pretender escalar el cielo de la propia fantasía con una escalera.»

Atravesando la ciudad, admiré también sus espaciosas plazas y señoriales calles y entre todas la *calle de Sierpes*, la arteria aorta de Sevilla, y, sin embargo, la más silenciosa; no pasan coches por ella; la ola de peatones circula por las losas del pavimento sin hacer más ruido que el de una reunión mundana en un salón u otro recinto cerrado. La gente se pasea o se planta a conversar entre las tiendas, espléndidos cafés y alegres centros de reunión, abiertos de par en par. De noche, a la luz mate de los focos eléctricos, parece aquello un salón al aire libre.

EL CICERONE DEL PEREGRINO

A todo esto, comía en las cocinas económicas, se estaba en los parterres de Las Delicias y pernocababa en los tinglados del muelle para ahorrarme el gasto de la cama. En estos parajes veía en las horas de bochorno mucha gente de mi calaña, astrosa y miserable; pero ningún *mangante*, como a lo andaluz se llaman los pordioseros.

Consecuente a mi táctica de hidalgo aislamiento, evitaba la compañía de los que en realidad eran mis cofrades, si bien una inclinación invencible me tal aproximaba a ellos. Me sentía menos miserable a su vera. Considerando la miseria ajena, toleraba con más resignación la mía.

Una de las veces vi sentado en un poyo, aparte como yo, de la reunión, un hombre joven, pobremente trajeado; un tipo entre cesante y pobre vergonzoso; pero con cierto sello de distinción. Así como quien no quiere, me senté a su lado y trabé conversación con él. De buenas a primeras comencé a hablarle de la localidad. Empecé y vamos por medias palabras, y, al fin, nos espontaneamos, y yo el primero, hablandole de mis impresiones de Sevilla y de mi viaje pedestre.

—Es usted más feliz que yo—me contestó—. Por rico que usted siquiera tiene salud y buenas piernas para campárselas, mientras que yo soy un inválido que ha de vivir amarrado al potro de una vida de guerra y miserable.

Y me enseñó una muleta, en la que no reparé entonces por tenerla tendida en el poyo.

—Sí, soy un hombre baldado, un maestro sin título, un apóstol errante de la enseñanza primaria.

—¿Maestro de escuela?—repuse—; no extraño gracia en este areópago.

—Lo he sido, pero ya no lo soy. Ya le he dicho que no tengo título. Por no tenerlo me quitaron una escuela que abrí en Brenes y con la que me defendía. Con ella hacía posible mi subsistencia y la de mi pobre madre, una viejecita claudicante y doliente que aún vive.

—¡Mala carrera escogió usted!...

—¿Qué remedio me quedaba? Como el mártir de Froebel, no sé hacer otra cosa; sólo sé enseñar. Habrá oído usted hablar de nuestros bailes populares: la Macarena, Triana, San Bernardo... Pues bien: me los repartía por trimestres y me dejaban una escuela al aire libre en el sitio que me daban. Hablo en pasado, porque tampoco es ahora. La gente pobre que allí vive dábanme por el derecho doctrinara sus hijos las exiguas cantidades que

corresponden al haber del mísero obrero, privado muchos días de jornal. Quién diez céntimos diarios, quién dos reales al mes. Poco era, porque pocos eran los alumnos; pero, en fin, con cinco o seis duros, que por ahí juntaba, y otros tantos que añadía con el oficio de memorialista, iba tirando y sostenía a mi vieja.

—¿Y dice usted que tampoco es esto?



—Tampoco—repitió—. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Los maestros titulares alzaron el grito contra mí: que les quitaba los niños, que no pagaba patente, que no estaba capacitado para enseñar, ¡qué sé yo! La protesta se corrió por los cuatro barrios, y en todas partes la autoridad me prohibió enseñar el silabario y hacer palotes, que es a cuanto se reducía mi enseñanza callejera. ¡Ya ve usted! Permiten enseñar juegos de manos en la

plaza pública y se prohíbe la enseñanza al aire libre. Pues si vamos a ejercicio de industria, ¿no dejan a los sacamuelas despacharse a su gusto al aire libre?

—Y también los barberos—añadí, evocando el figaro del puente de Triana.

—También es verdad. Se conoce que los ha pro-



bado usted. Esto tendré que hacer yo, pelar barbas al aire libre, si no quiero morirme de hambre.

—¿Y la gallarda letra que usted tiene?—repuse.

—No me sirve más que para arañar miserias ajenas, conocer nuevas lástimas y perjudicarme más.

—Hombre: ¿tan sensibles somos que no le alegra el mal de los demás?

—Me perjudica—replicó esquivando la respuesta

a esta pregunta y saliéndose por la tangente—; me perjudica porque, como a veces en un día hago diez solicitudes de socorro en el vecindario, cuando llega el turno a mi memorial conocen la letra los señores de la Beneficencia, lo toman a camaradería de pobres y se escaman. Sucede que por ganar me diez o quince céntimos que me dan por escribir una solicitud limosnara, pierdo un socorro de mucha más cuantía cuando me llega la vez.

—Se conoce que los pobres están ustedes muy bien servidos en Sevilla; ni un sólo pordiosero he visto por las calles, esto que la ciudad tiene fama de ser corte y centro de la andante vagamundería.

—Y sigue siéndolo, aunque no lo parezca. ¿Viste usted este rodeo de vagos que nos acompaña? Pues es uno de tantos destacamentos que la Corte de los Milagros envía a recoger colillas y... lo que caiga. Sólo que se guardan muy bien de entrar en la ciudad, porque darían con ellos en San Cayetano.

—Y esto ¿qué es?—pregunté alarmado por la cuenta que me traía.

—Un vivero de piojos que los pobres temen más que el hambre y el frío; el espantajo con que la ciudad se libra de los pobres callejeros.

—Hombre, ¿tan crueles son los sevillanos?

—Mis paisanos pasarían por todo, porque a generosos no les gana nadie; pero han tenido que sentirse feroces, porque los extranjeros se quejaban de las macas y lacras de la miseria pública y escusaban sus visitas a la ciudad. Algo parecido aconteció en Málaga. Allí se disfrutó un clima tan suave, tan templado, tan benigno, que los facultativos de la difunta Victoria de Inglaterra no hallaron nada igual en Europa para su Soberana; y a Málaga hubiera venido la Reina de aquel país a pasar los inviernos si la Comisión que estuvo en dicha ciudad no hubiese estimado que las condiciones de la misma, en punto a salubridad y limpieza, dejaban bastante que desear. De esto se convencieron los malagueños, y la ciudad gana de año en año, hasta ofrecer ya un aspecto de pulcritud bastante aceptable.

—Pues yo he oído decir que en Sevilla la Beneficencia está organizada admirablemente.

—Si lo estuviera, otro gallo nos cantara a usted a mí. Usted, pongo por caso, es un obrero en vida. No quiere una limosna, sino que le den una ocupación. Pero en vano la pretenderá, porque los pobres estragos del camino y de la miseria inspiran poca confianza y dan patente de sospechosos.

(Continuara.)